

Hasta aquí, un recorrido por la teoría literaria acerca de lo fantástico. Transitemos ahora por los cuentos que les proponemos, como caminantes preparados para la aventura. ¡Y a disfrutar del viaje!



## CUENTOS FANTÁSTICOS ARGENTINOS

---

CORTÁZAR – OCAMPO – OESTERHELD –

BORGES – SHUA – BIOY CASARES

---



# LA NOCHE BOCA ARRIBA

JULIO CORTÁZAR



Julio Cortázar. "La noche boca arriba", *Final del juego*.  
© Herederos de Julio Cortázar, 2007.

Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos; le llamaban la guerra florida<sup>1</sup>.

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde, y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adonde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él —porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre— montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas<sup>2</sup> que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo sobre la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su invo-

<sup>1</sup> Las *guerras floridas* o *Xochiyaoyotl* (del náhuatl: *xochi*: 'flor' ; *yao*: 'guerra') eran un tipo de guerra ritual propio de los pueblos aztecas del Valle de México; en los siglos anteriores a la conquista. Consistía en el acuerdo entre varias ciudades para organizar combates en los que se capturaban prisioneros de ambos bandos que eran sacrificados ritualmente. Por lo general, estas guerras se realizaban en épocas de sequía extrema.

<sup>2</sup> Con la palabra *villas* se hace referencia a las casas alejadas del centro de la ciudad, rodeadas por jardines.



luntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla, y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en las piernas. «Usted la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado...». Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole a beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. «Natural», dijo él. «Como que me la ligué encima...». Los dos se rieron, y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del

fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado<sup>3</sup>. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada<sup>4</sup> empezaban las marismas<sup>5</sup>, los tembladerales<sup>6</sup> de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas<sup>7</sup>, conocían.

<sup>3</sup> El *cloroformo* es, a temperatura ambiente, un líquido volátil altamente inflamable, transparente, de olor característico a cítricos y sabor dulce. En el pasado, era utilizado como anestésico.

<sup>4</sup> La palabra *calzada* se usa en el cuento en dos de sus acepciones: en primer lugar, como la parte de la calle comprendida entre dos aceras (por donde circula el motociclista); en segundo lugar, como camino utilizado para la circulación de vehículos y personas.

<sup>5</sup> Una *marisma* es un terreno pantanoso, de aguas salobres, en las proximidades de la costa, por lo general junto a la desembocadura de un río.

<sup>6</sup> Un *tembladeral* es un terreno pantanoso, abundante en turba y cubierto de césped. A causa de su escasa consistencia, retiembla cuando se anda sobre él.

<sup>7</sup> Los *motecas* son un pueblo inventado por Cortázar en este cuento.

Lo que más le torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se rebelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. «Huele a guerra», pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor<sup>8</sup> de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac<sup>9</sup>; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor a guerra. Se enderezó despacio, venteando<sup>10</sup>. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada horrible del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

—Se va a caer de la cama —dijo el enfermo de al lado—. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios

y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino<sup>11</sup>. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa<sup>12</sup>. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro<sup>13</sup>, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no le iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios reseca y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. «La calzada», pensó. «Me salí de la calzada». Sus pies se hundían

<sup>8</sup> Un *ceñidor* es una faja, cinta, correa o cordel con que se ciñe el cuerpo por la cintura.

<sup>9</sup> El *vivac* es el paraje donde las tropas pasan la noche a cielo descubierto.

<sup>10</sup> En el texto, la palabra *ventear* se relaciona con la acción de algunos animales de tomar el viento con el olfato. Recordemos que el moteca es perseguido como en la cacería de un animal.

<sup>11</sup> *Opalino* es de color entre blanco y azulado, con reflejos que brillan con los colores del arcoíris.

<sup>12</sup> El médico le ajustó el *tensiómetro* para controlar su presión arterial.

<sup>13</sup> Los *gemelos de teatro* son anteojos dobles, de alcance apropiado para mirar el escenario en un espectáculo determinado.

en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como el escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviéndose apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes mote-cas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en los muchos prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces, los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

—Es la fiebre —dijo el de la cama de al lado—. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno<sup>14</sup>. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin ese acoso, sin... Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

<sup>14</sup> El *duodeno* es la primera porción del intestino delgado, que comunica directamente con el estómago.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante<sup>15</sup> de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado<sup>16</sup> en el suelo, en un piso de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales<sup>17</sup> de la fiesta. Lo habían traído al teocalli<sup>18</sup>, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarradas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y tuvo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el

taparrabos de la ceremonia, los acólitos<sup>19</sup> de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban delante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara frente a él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya se iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen translúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó, buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla,

<sup>15</sup> *Rezumar* es dejar pasar a través de los poros o grietas gotas de algún líquido.

<sup>16</sup> *Estaquear* es torturar a alguien amarrando sus extremidades con tiras de cuero entre cuatro estacas.

<sup>17</sup> Un *atabal* es un tambor pequeño o tamboril que suele tocarse en fiestas públicas.

<sup>18</sup> El *teocalli* es el templo de los antiguos nahuas de México.

<sup>19</sup> Los *acólitos* son los que ayudan al sacerdote en una ceremonia religiosa.

sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de humo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque otra vez estaba inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía la muerte y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.



## LA CASA DE AZÚCAR

---

SILVINA OCAMPO

---



Las supersticiones<sup>1</sup> no dejaban vivir a Cristina. Una moneda con la efigie<sup>2</sup> borrada, una mancha de tinta, la luna vista a través de dos vidrios, las iniciales de su nombre grabadas por azar sobre el tronco de un cedro la enloquecían de temor. Cuando nos conocimos llevaba puesto un vestido verde, que siguió usando hasta que se rompió, pues me dijo que le traía suerte y que en cuanto se ponía otro, azul, que le sentaba mejor, no nos veíamos. Traté de combatir estas manías absurdas. Le hice notar que tenía un espejo roto en su cuarto y que por más que yo le insistiera en la conveniencia de tirar los espejos rotos al agua, en una noche de luna, para quitarse la mala suerte<sup>3</sup>, lo guardaba; que jamás temió que la luz de la casa bruscamente se apagara, y a pesar de que fuera un anuncio seguro de muerte, encendía con tranquilidad cualquier número de velas<sup>4</sup>; que siempre dejaba sobre la cama el sombrero<sup>5</sup>, error en que nadie incurría. Sus temores eran personales. Se infligía verdaderas

<sup>1</sup> Las *supersticiones* son creencias extrañas a la fe religiosa y contrarias a la razón. Muchas personas creen que ciertas acciones voluntarias o involuntarias pueden alterar su destino.

<sup>2</sup> La *efigie* es la imagen o representación de una persona. En las caras de las monedas, suelen aparecer las efigies de personajes históricos relevantes.

<sup>3</sup> Antiguamente, los espejos eran considerados reflejos del alma y dañarlos atraía la mala suerte. Según la creencia popular, las consecuencias podían evitarse realizando ciertos rituales como el que se menciona en el relato.

<sup>4</sup> En muchas culturas, las velas encendidas durante determinadas festividades representan los elementos esenciales del hogar, por lo cual su número no debe ser alterado. De esta forma, según algunas creencias, se aleja la amenaza de una desgracia inminente.

<sup>5</sup> Poner un sombrero encima de la cama es, en algunos países de Europa y de América, presagio de mala suerte y el anuncio de una muerte segura.



privaciones; por ejemplo: no podía comprar frutillas en el mes de diciembre, ni oír determinadas músicas, ni adornar la casa con peces rojos, que tanto le gustaban. Había ciertas calles que no podíamos cruzar, ciertas personas, ciertos cinematógrafos que no podíamos frecuentar. Al principio de nuestra relación, estas supersticiones me parecieron encantadoras, pero después empezaron a fastidiarme y a preocuparme seriamente. Cuando nos comprometimos tuvimos que buscar un departamento nuevo, pues según sus creencias, el destino de los ocupantes anteriores influiría sobre su vida<sup>6</sup> (en ningún momento mencionaba la mía, como si el peligro la amenazara sólo a ella y nuestras vidas no estuvieran unidas por el amor). Recorrimos todos los barrios de la ciudad; llegamos a los suburbios más alejados, en busca de un departamento que nadie hubiera habitado: todos estaban alquilados o vendidos. Por fin encontré una casita en la calle Montes de Oca<sup>7</sup>, que parecía de azúcar. Su blancura brillaba con extraordinaria luminosidad. Tenía teléfono y, en el frente, un diminuto jardín. Pensé que esa casa era recién construida, pero me enteré de que en mil novecientos treinta la había ocupado una familia, y que después, para alquilarla, el propietario le había hecho algunos arreglos. Tuve que hacer creer a Cristina que nadie había vivido en la casa y que era el lugar ideal: la casa de nuestros sueños. Cuando Cristina la vio, exclamó:

—¡Qué diferente de los departamentos que hemos visto! Aquí se respira olor a limpio. Nadie podrá influir en nuestras vidas y ensuciarlas con pensamientos que envician el aire.

En pocos días nos casamos y nos instalamos allí. Mis suegros nos regalaron los muebles del dormitorio, y mis padres, los del comedor. El resto de la casa lo amueblaríamos de a poco. Yo temía

<sup>6</sup> El miedo de Cristina a sufrir la influencia de los habitantes anteriores es un punto clave del relato. Sus temores supersticiosos son el síntoma de lo que vivirá en la nueva casa.

<sup>7</sup> La calle *Montes de Oca* se encuentra en el barrio porteño de Barracas y se extiende desde la Avenida Caseros hasta el Riachuelo.

que, por los vecinos, Cristina se enterara de mi mentira, pero felizmente hacía sus compras fuera del barrio y jamás conversaba con ellos. Éramos felices, tan felices que a veces me daba miedo<sup>8</sup>. Parecía que la tranquilidad nunca se rompería en aquella casa de azúcar, hasta que un llamado telefónico destruyó mi ilusión. Felizmente Cristina no atendió aquella vez al teléfono, pero quizá lo atendiera en una oportunidad análoga. La persona que llamaba preguntó por la señora Violeta<sup>9</sup>: indudablemente se trataba de la inquilina anterior. Si Cristina se enteraba de que yo la había engañado, nuestra felicidad seguramente concluiría: no me hablaría más, pediría nuestro divorcio, y en el mejor de los casos tendríamos que dejar la casa para irnos a vivir, tal vez, a Villa Urquiza<sup>10</sup>, tal vez a Quilmes<sup>11</sup>, de pensionistas en alguna de las casas donde nos prometieron darnos un lugarcito para construir ¿con qué? (con basura, pues con mejores materiales no me alcanzaría el dinero) un cuarto y una cocina. Durante la noche yo tenía cuidado de descolgar el tubo, para que ningún llamado inoportuno nos despertara. Coloqué un buzón en la puerta de calle; fui el depositario de la llave, el distribuidor de cartas.

Una mañana temprano golpearon a la puerta, y alguien dejó un paquete. Desde mi cuarto oí que mi mujer protestaba, luego oí el ruido del papel estrujado. Bajé la escalera y encontré a Cristina con un vestido de terciopelo entre los brazos.

<sup>8</sup> Es importante señalar, aquí, el cambio que se produce en el personaje. Sus temores contrastan con la apariencia ideal de la *casa de azúcar* y se vinculan con las manías supersticiosas de Cristina. Sobre este punto, trabajaremos en *Manos a la obra*.

<sup>9</sup> El color *violeta* representa en algunas leyendas aborígenes la memoria de los pueblos. En Cuarto de herramientas encontrarán más referencias a este tema.

<sup>10</sup> *Villa Urquiza* es un barrio porteño, lindero a la zona de Belgrano, fundado en 1887. Para la época del relato, era un sector alejado del centro de la ciudad y con pocas vías de comunicación.

<sup>11</sup> *Quilmes* es una localidad situada al sur de la provincia de Buenos Aires, a diecisiete kilómetros de Capital Federal. Al igual que *Villa Urquiza*, en la década del cincuenta era, todavía, una zona distante y en desarrollo.

—Acaban de traerme este vestido —me dijo con entusiasmo. Subió corriendo las escaleras y se puso el vestido, que era muy escotado.

—¿Cuándo te lo mandaste hacer?

—Hace tiempo. ¿Me queda bien? Lo usaré cuando tengamos que ir al teatro, ¿no te parece?

—¿Con qué dinero lo pagaste?

—Mamá me regaló unos pesos.

Me pareció raro, pero no le dije nada, para no ofenderla.

Nos queríamos con locura. Pero mi inquietud comenzó a molestarme hasta para abrazar a Cristina por la noche. Advertí que su carácter había cambiado: de alegre se convirtió en triste, de comunicativa en reservada, de tranquila en nerviosa. No tenía apetito. Ya no preparaba esos ricos postres, un poco pesados, a base de cremas batidas y de chocolate, que me agradaban, ni adornaba periódicamente la casa con volantes de nylon<sup>12</sup>, en las tapas de la letrina<sup>13</sup>, en las repisas del comedor, en los armarios, en todas partes, como era su costumbre. Ya no me esperaba con vainillas a la hora del té, ni tenía ganas de ir al teatro o al cinematógrafo de noche, ni siquiera cuando nos mandaban entradas de regalo. Una tarde entró un perro en el jardín y se acostó frente a la puerta de calle, aullando. Cristina le dio carne y le dio de beber y, después de un baño, que le cambió el color del pelo, declaró que le daría hospitalidad y que lo bautizaría con el nombre Amor, porque llegaba a nuestra casa en un momento de verdadero amor. El perro tenía el paladar negro, lo que indica pureza de raza.

Otra tarde llegué de improvisa a casa. Me detuve en la entrada porque vi una bicicleta apostada en el jardín. Entré

<sup>12</sup> Los volantes de nylon son adornos de tapicería, plegados o fruncidos, confeccionados con una tela elástica y resistente.

<sup>13</sup> La letrina es un lugar destinado en algunas casas para verter los residuos; también se usa como baño o retrete.

silenciosamente y me escurrí detrás de una puerta y oí la voz de Cristina.

—¿Qué quiere? —repitió dos veces.

—Vengo a buscar a mi perro —decía la voz de una muchacha—. Pasó tantas veces frente a esta casa que se ha encariñado con ella. Esta casa parece de azúcar. Desde que la pintaron, llama la atención de todos los transeúntes. Pero a mí me gustaba más antes, con ese color rosado y romántico de las casas viejas. Esta casa era muy misteriosa para mí. Todo me gustaba en ella: la fuente donde venían a beber los pajaritos; las enredaderas con flores, como cornetas amarillas; el naranjo. Desde que tengo ocho años esperaba conocerla a usted, desde aquel día en que hablamos por teléfono, ¿recuerda? Prometió que iba a regalarme un barrilete.

—Los barriletes son juegos de varones.

—Los juguetes no tienen sexo. Los barriletes me gustaban porque eran como enormes pájaros: me hacía la ilusión de volar sobre sus alas. Para usted fue un juego prometerme ese barrilete; yo no dormí en toda la noche. Nos encontramos en la panadería, usted estaba de espaldas, y no vi su cara. Desde ese día no pensé en otra cosa que en usted, en cómo sería su cara, su alma, sus ademanes de mentirosa. Nunca me regaló aquel barrilete. Los árboles me hablaban de sus mentiras. Luego fuimos a vivir a Morón<sup>14</sup>, con mis padres. Ahora, desde hace una semana estoy de nuevo aquí.

—Hace tres meses que vivo en esta casa, y antes jamás frecuenté estos barrios. Usted estará confundida.

—Yo la había imaginado tal como es. ¡La imaginé tantas veces! Para colmo de la casualidad, mi marido estuvo de novio con usted.

<sup>14</sup> Morón es una localidad situada al oeste de la provincia de Buenos Aires. Fue fundada en 1910 y está delimitada por los partidos de Hurlingham e Ituzaingó.

—No estuve de novia, sino con mi marido. ¿Cómo se llama este perro?

—Bruto.

—Lléveselo, por favor, antes de que me encariñe con él.

—Violeta, escúcheme. Si llevo el perro a mi casa, se morirá. No lo puedo cuidar. Vivimos en un departamento muy chico. Mi marido y yo trabajamos, y no hay nadie que lo saque a pasear.

—No me llamo Violeta. ¿Qué edad tiene?

—¿Bruto? Dos años. ¿Quiere quedarse con él? Yo vendría a visitarlo de vez en cuando, porque lo quiero mucho.

—A mi marido no le gustaría recibir desconocidos en su casa, ni que aceptara un perro de regalo.

—No se lo diga, entonces. La esperaré todos los lunes a las siete de la tarde en la Plaza Colombia<sup>15</sup>. ¿Sabe dónde es? Frente a la iglesia Santa Felicitas<sup>16</sup>, o si no, la esperaré donde usted quiera y a la hora que prefiera; por ejemplo, en el puente de Constitución<sup>17</sup> o en el Parque Lezama<sup>18</sup>. Me contentaré con ver los ojos de Bruto. ¿Me hará el favor de quedarse con él?

—Bueno. Me quedaré con él.

—Gracias, Violeta.

—No me llamo Violeta.

—¿Cambió de nombre? Para nosotros usted es Violeta. Siempre la misma misteriosa Violeta.

Oí el ruido seco de la puerta y el taconeo de Cristina, subiendo la escalera. Tardé un rato en salir de mi escondite y en fingir que

<sup>15</sup> La Plaza Colombia se encuentra comprendida por la Avenida Montes de Oca y las calles Brandsen, Pinzón e Isabel la Católica, en el barrio de Barracas.

<sup>16</sup> La iglesia de Santa Felicitas se encuentra sobre la calle Isabel la Católica entre Pinzón y Brandsen, frente a la Plaza Colombia. Fue construida en 1875 por los padres de Felicitas Guerrero, una joven aristócrata asesinada por un amante despechado.

<sup>17</sup> El puente de Constitución es una vieja estructura de hierro que une las calles Paracas y Guanahani, en el barrio de Barracas. En aquellos años, era el único paso habilitado, por encima de las vías, después de la estación Constitución.

<sup>18</sup> El Parque Lezama está limitado por las calles Defensa, Brasil, avenida Paseo Colón y avenida Martín García. En él confluyen los barrios de San Telmo, La Boca, Barracas y Constitución.

acababa de llegar. A pesar de haber comprobado la inocencia del diálogo, no sé por qué, una sorda desconfianza comenzó a devorarme. Me pareció que había presenciado una representación de teatro y que la realidad era otra. No confesé a Cristina que había sorprendido la visita de esa muchacha. Esperé los acontecimientos, temiendo siempre que Cristina descubriera mi mentira, lamentando que estuviéramos instalados en ese barrio. Yo pasaba todas las tardes por la plaza que queda frente a la iglesia de Santa Felicitas, para comprobar si Cristina había acudido a la cita. Cristina parecía no advertir mi inquietud. A veces llegué a creer que yo había soñado. Abrazando al perro, un día Cristina me preguntó:

—¿Te gustaría que me llamara Violeta?

—No me gusta el nombre de las flores.

—Pero Violeta es lindo. Es un color.

—Prefiero tu nombre.

Un sábado, al atardecer, la encontré en el puente de Constitución, asomada sobre el parapeto<sup>19</sup> de fierro. Me acerqué y no se inmutó.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy curioseando. Me gusta ver las vías desde arriba.

—Es un lugar muy lúgubre, y no me gusta que andes sola.

—No me parece tan lúgubre. ¿Y por qué no puedo andar sola?

—¿Te gusta el humo negro de las locomotoras?

—Me gustan los medios de transporte. Soñar con viajes. Irme sin irme. «Ir y quedar y con quedar partirse».

Volvíamos a casa. Enloquecido de celos (¿celos de qué?... de todo), durante el trayecto apenas le hablé.

—Podríamos tal vez comprar alguna casita en San Isidro o en Olivos<sup>20</sup>, es tan desagradable este barrio —le dije, fingiendo que me era posible adquirir una casa en esos lugares.

<sup>19</sup> El parapeto es una baranda que se colocó en los puentes o escaleras para evitar caídas.

<sup>20</sup> San Isidro y Olivos son localidades residenciales ubicadas en la zona norte del Gran Buenos Aires, a más de veinte kilómetros del centro de la ciudad.

—No creas. Tenemos muy cerca de aquí el Parque Lezama.

—Es una desolación. Las estatuas están ya rotas, las fuentes sin agua, los árboles apestados. Mendigos, viejos y lisiados van con bolsas para tirar o recoger basuras.

—No me fijo en esas cosas.

—Antes no querías sentarte en un banco donde alguien había comido mandarinas o pan.

—He cambiado mucho.

—Por mucho que hayas cambiado, no puede gustarte un parque como ése. Ya sé que tiene un museo con leones de mármol que cuidan la entrada<sup>21</sup> y que jugabas allí en tu infancia, pero eso no quiere decir nada.

—No te comprendo —me respondió Cristina. Y sentí que me despreciaba, con un desprecio que podía conducirla al odio.

Durante días, que me parecieron años, la vigilé, tratando de disimular mi ansiedad. Todas las tardes pasaba por la plaza frente a la iglesia y los sábados por el horrible puente negro de Constitución. Un día me aventuré a decir a Cristina:

—Si descubriéramos que esta casa fue habitada por otras personas, ¿qué harías, Cristina? ¿Te irías de aquí?

—Si una persona hubiera vivido en esta casa, esa persona tendría que ser como esas figuritas de azúcar que hay en los postres o en las tortas de cumpleaños: una persona dulce como el azúcar. Esta casa me inspira confianza, ¿será el jardincito de la entrada que me infunde tranquilidad? ¡No sé! No me iría de aquí por todo el oro del mundo. Además no tendríamos adónde ir. Tú mismo me lo dijiste hace un tiempo.

No insistí, porque iba a pura pérdida. Para conformarme pensé que el tiempo compondría las cosas.

Una mañana sonó el timbre de la puerta de calle. Yo estaba afeitándome y oí la voz de Cristina. Cuando concluí de afeitarme,

me, mi mujer ya estaba hablando con la intrusa. Por la abertura de la puerta las espí. La intrusa tenía una voz tan grave y los pies tan grandes que eché a reír.

—Si usted vuelve a ver a Daniel, lo pagará muy caro, Violeta.

—No sé quién es Daniel y no me llamo Violeta —respondió mi mujer.

—Usted está mintiendo.

—No miento. No tengo nada que ver con Daniel.

—Yo quiero que usted sepa las cosas como son.

—No quiero escucharla.

Cristina se tapó las orejas con las manos. Entré en el cuarto y dije a la intrusa que se fuera. De cerca le miré los pies, las manos y el cuello. Entonces advertí que era un hombre disfrazado de mujer. No me dio tiempo de pensar en lo que debía hacer; como un relámpago desapareció dejando la puerta entreabierta tras de sí.

No comentamos el episodio con Cristina; jamás comprenderé por qué; era como si nuestros labios hubieran estado sellados para todo lo que no fuese besos nerviosos, insatisfechos o palabras inútiles.

En aquellos días, tan tristes para mí, a Cristina le dio por cantar. Su voz era agradable, pero me exasperaba, porque formaba parte de ese mundo secreto, que la alejaba de mí. ¡Por qué, si nunca había cantado, ahora cantaba noche y día mientras se vestía o se bañaba o cocinaba o cerraba las persianas!

Un día en que oí a Cristina exclamar con un aire enigmático:

—Sospecho que estoy heredando la vida de alguien, las dichas y las penas, las equivocaciones y los aciertos. Estoy embrujada —fingí no oír esa frase atormentadora. Sin embargo, no sé por qué empecé a averiguar en el barrio quién era Violeta, dónde estaba, todos los detalles de su vida.

<sup>21</sup> Se refiere al Museo Histórico Nacional fundado en 1889 y trasladado al predio actual, en el Parque Lezama, en 1897.

A media cuadra de nuestra casa, había una tienda donde vendían tarjetas postales, papel, cuadernos, lápices, gomas de borrar y juguetes. Para mis averiguaciones, la vendedora de esa tienda me pareció la persona más indicada: era charlatana y curiosa, sensible a las lisonjas<sup>22</sup>. Con el pretexto de comprar un cuaderno y lápices, fui una tarde a conversar con ella. Le alabé los ojos, las manos, el pelo. No me atreví a pronunciar la palabra Violeta. Le expliqué que éramos vecinos. Le pregunté finalmente quién había vivido en nuestra casa. Tímidamente le dije:

—¿No vivía una tal Violeta?

Me contestó cosas muy vagas, que me inquietaron más. Al día siguiente traté de averiguar en el almacén algunos otros detalles. Me dijeron que Violeta estaba en un sanatorio frenopático<sup>23</sup> y me dieron la dirección.

—Canto con una voz que no es mía —me dijo Cristina, renovando su aire misterioso—. Antes me hubiera afligido, pero ahora me deleita. Soy otra persona, tal vez más feliz que yo.

Fingí de nuevo no haberla oído. Yo estaba leyendo el diario.

De tanto averiguar detalles de la vida de Violeta, confieso que desatendía a Cristina.

Fui al sanatorio frenopático, que quedaba en Flores. Ahí pregunté por Violeta y me dieron la dirección de Arsenia López, su profesora de canto.

Tuve que tomar el tren en Retiro, para que me llevara a Olivos. Durante el trayecto, una tierrita me entró en un ojo, de modo que en el momento de llegar a la casa de Arsenia López, se me caían las lágrimas como si estuviese llorando. Desde la puerta de calle oí voces de mujeres, que hacían gárgaras con las escalas, acompañadas de un piano, que parecía más bien un organillo.

Alta, delgada, aterradora, apareció en el fondo de un corredor Arsenia López con un lápiz en la mano. Le dije tímidamente que venía a buscar noticias de Violeta.

—¿Usted es el marido?

—No, soy un pariente —le respondí secándome los ojos con un pañuelo.

—Usted será uno de sus innumerables admiradores —me dijo, entornando los ojos y tomándome la mano. Vendrá para saber lo que todos quieren saber, ¿cómo fueron los últimos días de Violeta? Siéntese. No hay que imaginar que una persona muerta, forzosamente haya sido pura, fiel, buena.

—Quiere consolarme —le dije.

Ella, oprimiendo mi mano con su mano húmeda, contestó:

—Sí. Quiero consolarlo. Violeta era no sólo mi discípula, sino mi íntima amiga. Si se disgustó conmigo, fue tal vez porque me hizo demasiadas confidencias y porque ya no podía engañarme. Los últimos días que la vi, se lamentó amargamente de su suerte. Murió de envidia. Repetía sin cesar: «Alguien me ha robado la vida, pero lo pagará muy caro. No tendré mi vestido de terciopelo, ella lo tendrá; Bruto será de ella; los hombres no se disfrazarán de mujer para entrar en mi casa, sino en la de ella; perderé la voz que transmitiré a esa otra garganta indigna; no nos abrazaremos con Daniel en el puente de Constitución, ilusionados con un amor imposible, inclinados como antaño<sup>24</sup>, sobre la baranda de hierro, viendo los trenes alejarse.»

Arsenia López me miró en los ojos y me dijo:

—No se aflija. Encontrará muchas mujeres más leales. Ya sabemos que era hermosa ¿pero acaso la hermosura es lo único bueno que hay en el mundo?

Mudo, horrorizado, me alejé de aquella casa, sin revelar mi nombre a Arsenia López que, al despedirse de mí, intentó abrazarme, para demostrar su simpatía.

<sup>22</sup> Las *lisonjas* son alabanzas afectadas que se utilizan para ganar la voluntad de alguien.

<sup>23</sup> La *frenopatía* era una parte de la medicina que estudiaba las enfermedades mentales. En 1880 se instaló en Barracas, sobre la avenida Montes de Oca, el Instituto Frenopático Argentino, el centro más importante de la época.

<sup>24</sup> La palabra *antaño* significa en tiempo pasado.

Desde ese día, Cristina se transformó, para mí al menos, en Violeta. Traté de seguirla a todas horas, para descubrirla en los brazos de sus amantes. Me alejé tanto de ella que la vi como a una extraña. Una noche de invierno huyó. La busqué hasta el alba.

Ya no sé quién fue víctima de quién en esa casa de azúcar, que ahora está deshabitada.



## EL ÁRBOL DE LA BUENA MUERTE

HÉCTOR GERMÁN OESTERHELD

Héctor Oesterheld. "El árbol de la buena muerte". En: *El eternauta y otros cuentos*.  
Ediciones Colihue S.R.L, Buenos Aires, 2001.

María Santos cerró los ojos, aflojó el cuerpo, acomodó la espalda contra el blando tronco del árbol.

Se estaba bien allí, a la sombra de aquellas hojas transparentes que filtraban la luz rojiza del sol.

Carlos, el yerno, no podía haberle hecho un regalo mejor para su cumpleaños.

Todo el día anterior había trabajado Carlos, limpiando de malezas el lugar donde crecía el árbol. Y había hecho el sacrificio de madrugar todavía más temprano que de costumbre para que, cuando ella se levantara, encontrara instalado el banco al pie del árbol.

María Santos sonrió agradecida; el tronco parecía rugoso y áspero, pero era muelle<sup>1</sup>, cedía a la menor presión como si estuviera relleno de plumas. Carlos había tenido una gran idea cuando se le ocurrió plantarlo allí, al borde del sembrado.

Tuf-tuf-tuf. Hasta María Santos llegó el ruido del tractor. Por entre los párpados entrecerrados, la anciana miró a Marisa, su hija, sentada en el asiento de la máquina, al lado de Carlos.

El brazo de Marisa descansaba en la cintura de Carlos, las dos cabezas estaban muy juntas: seguro que hacían planes para la nueva casa que Carlos quería construir.

María Santos sonrió; Carlos era un buen hombre, un marido inmejorable para Marisa. Suerte que Marisa no se casó con

---

<sup>1</sup> Muelle significa 'blando', 'cómodo'.



Larca, el ingeniero aquel: Carlos no era más que un agricultor, pero era bueno y sabía trabajar, y no les hacía faltar nada.

¿No les hacía faltar nada?

Una punzada dolida borró la sonrisa de María Santos. El rostro, viejo de incontables arrugas, viejo de muchos soles y de mucho trabajo, se nubló.

No, Carlos podría hacer feliz a Marisa y a Roberto, el hijo, que ya tenía 18 años y estudiaba medicina por televisión.

No, nunca podría hacerla feliz a ella, a María Santos, la abuela...

Porque María Santos no se adaptaría nunca —hacía mucho que había renunciado a hacerlo a la vida en aquella colonia de Marte.

De acuerdo con que allí se ganaba bien, que no les faltaba nada, que se vivía mucho mejor que en la Tierra; de acuerdo con que allí, en Marte, toda la familia tenía un porvenir mucho mejor; de acuerdo con que la vida en la Tierra era ahora muy dura... De acuerdo con todo eso; pero, ¡Marte era tan diferente!...

¿Qué no daría María Santos por un poco de viento como el de la Tierra, con algún “panadero”<sup>2</sup> volando alto!

—¿Duermes, abuela? —Roberto, el nieto, viene sonriente, con su libro bajo el brazo.

—No, Roberto. Un poco cansada, nada más.

—¿No necesitas nada?

—No, nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

Curiosa, la insistencia de Roberto; no acostumbraba a ser tan solícito<sup>3</sup>; a veces, se pasaba días enteros sin acordarse de que ella existía.

Pero, claro, eso era de esperar; la juventud, la juventud de siempre, tiene demasiado que hacer con eso, con ser joven.

Aunque en verdad, María Santos no tiene por qué quejarse: últimamente Roberto había estado muy bueno con ella, pasaba horas enteras a su lado, haciéndola hablar de la Tierra.

Claro; Roberto no conocía la Tierra; él había nacido en Marte, y las cosas de la Tierra eran para él algo tan raro, como cincuenta o sesenta años atrás lo habían sido las cosas de Buenos Aires —la capital—, tan raras y fantásticas para María Santos, la muchachita que cazaba lagartijas entre las tunas<sup>4</sup>, allá en el pueblito de Catamarca.

Roberto, el nieto, la había hecho hablar de los viejos tiempos, de los tantos años que María Santos vivió en la ciudad, en una casita de Saavedra, a siete cuadras de la estación.

Roberto le hizo describir ladrillo por ladrillo la casa, quiso saber el nombre de cada flor en el cantero que estaba delante, quiso saber cómo era la calle antes de que la pavimentaran, no se cansaba de oírle contar cómo jugaban los chicos a la pelota, cómo remontaban barriletes, cómo iban en bandadas de guardapolvos al colegio, tres cuadras más allá.

Todo le interesaba a Roberto, el almacén del barrio, la librería, la lechería...<sup>5</sup> ¿No tuvo acaso que explicarle cómo eran las moscas? Hasta quiso saber cuántas patas tenían... ¿Como si alguna vez María Santos se hubiera acordado de contarlas! Pero, hoy, Roberto no quiere oírle recordar: claro, debe de ser ya la hora de la lección, por eso el muchacho se aparta casi de pronto, apurado.

<sup>2</sup> Los *panaderos* son los frutos (llamados *vilanos*) de algunas plantas (de la familia de las compuestas), como el *diente de león*, la *vana de oro*. Su estructura está formada por pelos simples o plumosos que sostienen al fruto y que tienen por función facilitar su dispersión con auxilio del viento. En la Argentina, se llama *panadero* a la semilla que se desprende de la flor del cardo y se cree que es símbolo de fecundidad y de prosperidad.

<sup>3</sup> *Solícito* quiere decir que tiene ganas de servir, atender o ser agradable.

<sup>4</sup> La *tuna* es una planta cuyo tallo está formado por cladodios (tallos en forma de hojas) carnosos, erizados de espinas, y flores grandes, con muchos pétalos. Su fruto, el higo chumbo, es comestible.

<sup>5</sup> Las *lecherías* eran establecimientos donde se servían bebidas o postres hechos a base de productos lácteos. Las más famosas eran las de *La Marrona*, donde la gente acostumbraba tomar leche con vainillas, o submarino.

Carlos y Marisa terminaron el surco que araban con el tractor. Ahora vienen de vuelta.

Da gusto verlos; ya no son jóvenes, pero están contentos.

Más contentos que de costumbre, con un contento profundo, un contento sin sonrisas, pero con una gran placidez, como si ya hubieran construido la nueva casa. O como si ya hubieran podido comprarse el helicóptero que Carlos dice que necesitan tanto.

Tuf-tuf-tuf... El tractor llega hasta unos cuantos metros de ella; Marisa, la hija, saluda con la mano, María Santos sólo sonrío; quisiera contestarle, pero hoy está muy cansada.

Rocas ondulantes erizan el horizonte, rocas como no viera nunca en su Catamarca de hace tanto. El pasto amarillo, ese pasto raro que cruje al pisarlo..., María Santos no se acostumbró nunca a él. Es como una alfombra rota que se estira por todas partes; por los lugares rotos afloran las rocas, siempre angulosas, siempre oscuras.

Algo pasa delante de los ojos de María Santos.

Un golpe de viento quiere despeinarla.

María Santos parpadea, trata de ver lo que le pasa delante.

Allí viene otro.

Delicadas, ligeras estrellitas de largos rayos blancos...

¡“Panaderos”!

¡Sí, “panaderos”, semillas de cardo, iguales que en la Tierra!

El gastado corazón de María Santos se encabrita en el viejo pecho: ¡“Panaderos”!

No más pastos amarillos: ahora hay una calle de tierra, con huellones profundos, con algo de pasto verde en los bordes, con una zanja, con veredas de ladrillos torcidos...

Callecita de barrio, callecita de recuerdo, con chicos de guardapolvo corriendo para la librería de la esquina, con el esqueleto de un barrilete no terminando de morir nunca, enredado en un hilo del teléfono.

María Santos está sentada en la puerta de su casa, en su silla de paja, ve la hilera de casitas bajas, las más viejas tienen jardín al frente, las más modernas son muy blancas, con algún balcón cromado<sup>6</sup>, el colmo de la elegancia...

“Panaderos” en el viento, viento alegre que parece bajar del cielo mismo, desde aquellas nubes tan blancas y tan redondas...

“Panaderos” como los que perseguía en el patio de tierra del rancho, allá en la provincia.

¡“Panaderos”!

El pecho de María Santos es un gran tumulto gozoso.

“Panaderos” jugando en el aire, yendo a lo alto.

Carlos y Marisa han detenido el tractor.

Roberto, el hijo, se les junta, y los tres se acercan a María Santos.

Se quedan mirándola.

—Ha muerto feliz... Mira, parece reírse.

—Sí... ¡Pobre doña María!...

—Fue una suerte que pudiéramos proporcionarle una muerte así.

—Sí... Tenía razón el que me vendió el árbol, no exageró en nada: la sombra mata en poco tiempo y sin dolor alguno, al contrario...

—¡Abuela!... ¡Abuelita!...



<sup>6</sup> El *cromado* es la operación consistente en revestir una superficie metálica con un baño de cromo.

# EL MILAGRO SECRETO

JORGE LUIS BORGES



Y Dios lo hizo morir durante cien años y luego lo animó<sup>1</sup> y le dijo:  
—¿Cuánto tiempo has estado aquí?  
—Un día o parte de un día —respondió.

Alcorán, II, 261.<sup>2</sup>

La noche del catorce de marzo de 1939, en un departamento de la Zeltnergasse de Praga, Jaromir Hladík, autor de la inconclusa tragedia *Los enemigos*, de una *Vindicación de la eternidad* y de un examen de las indirectas fuentes judías de Jakob Boehme<sup>3</sup>, soñó con un largo ajedrez. No lo disputaban dos individuos sino dos familias ilustres; la partida había sido entablada hace muchos siglos; nadie era capaz de nombrar el olvidado premio, pero se murmuraba que era enorme y quizá infinito; las piezas y el tablero estaban en una torre secreta; Jaromir (en el

<sup>1</sup> *Lo animó* quiere decir que le dio vida.

<sup>2</sup> *Alcorán* es una denominación más arcaica del libro El Corán (también llamado *Quran* o *Korán*, literalmente, 'la recitación'). Es un libro sagrado para los musulmanes porque contiene la palabra de Dios (Allah), revelada al profeta Mahoma. Durante la vida de Mahoma, las revelaciones eran transmitidas oralmente o escritas en hojas de palmeras, trozos de cuero o huesos, etcétera. A la muerte del profeta, en 632, sus seguidores comenzaron a reunir estas revelaciones, que tomaron la forma que se conoce hoy, de 114 capítulos (azoras); cada uno dividido en versículos (aleyas).

<sup>3</sup> *Jacob Boehme* (1575-1624) fue un destacado teósofo alemán. La teosofía es el estudio comparado de las religiones buscando lo que hay en ellas de común. Böehme, un zapatero sin instrucción, tuvo gran influencia sobre ideas teológicas y esotéricas, entre finales del siglo xvii e inicio del siglo xviii.

sueño) era el primogénito<sup>4</sup> de una de las familias hostiles; en los relojes resonaba la hora de la impostergable jugada; el soñador corría por las arenas de un desierto lluvioso y no lograba recordar las figuras ni las leyes del ajedrez. En ese punto, se despertó. Cesaron los estruendos de la lluvia y de los terribles relojes. Un ruido acompasado y unánime, cortado por algunas voces de mando, subía de la Zeltnergasse. Era el amanecer, las blindadas vanguardias del Tercer Reich<sup>5</sup> entraban en Praga<sup>6</sup>.

El diecinueve, las autoridades recibieron una denuncia; el mismo diecinueve, al atardecer, Jaromir Hladík fue arrestado. Lo condujeron a un cuartel aséptico y blanco, en la ribera opuesta del Moldau<sup>7</sup>. No pudo levantar uno solo de los cargos de la Gestapo<sup>8</sup>: su apellido materno era Jaroslavski, su sangre era judía, su estudio sobre Boehme era judaizante, su firma delataba el censo final de una protesta contra el Anschluss<sup>9</sup>. En 1928, había traducido el *Sepher Yezirah*<sup>10</sup> para la editorial Hermann Barsdorf; el efusivo catálogo de esa casa había exagerado comercialmente el renombre del traductor; ese catálogo fue hojeado por Julius Rothe, uno de los jefes en cuyas manos estaba la suerte de Hladík. No hay hombre que, fuera de su especialidad,

<sup>4</sup> El primogénito es el hijo que nace en primer lugar. La primogenitura es el derecho privilegiadísimo que tiene el primer hijo sobre los demás.

<sup>5</sup> La Alemania Nazi, Imperio Nazi o el Tercer Reich son términos que se refieren a la Alemania del período comprendido entre 1933 y 1945, cuando Adolf Hitler gobernó ese país según los fundamentos de la ideología totalitaria del nazismo.

<sup>6</sup> Este suceso fue el preludio de la Segunda Guerra Mundial, que estalló el 1 de septiembre de 1939.

<sup>7</sup> El río Moldava (en alemán, Moldau) es el río más largo de la República Checa.

<sup>8</sup> La Geheime Staatspolizei (Policía Secreta del Estado, en alemán), conocida como Gestapo, fue la policía secreta oficial durante la Alemania Nazi.

<sup>9</sup> Anschluss es una palabra del idioma alemán que significa anexión. Es utilizada en historia para referirse a la anexión político-militar de Austria por parte de Alemania en 1938. Esta mención del narrador hace referencia a la actitud contraria al Tercer Reich por parte de Jaromir.

<sup>10</sup> Entre los judíos, la *cábala* es la tradición oral que explica y fija el sentido de la Sagrada Escritura. El *Sepher Yezirah* o *Libro sobre la Creación* es un antiguo tratado de carácter cabalístico atribuido por algunos estudiosos a Abraham y por otros al rabino y cabalista hebreo Ben Joseph Akiba (50-132).

no sea crédulo; dos o tres adjetivos en letra gótica<sup>11</sup> bastaron para que Julius Rothe admitiera la preeminencia de Hladík y dispusiera que lo condenaran a muerte, *pour encourager les autres*<sup>12</sup>. Se fijó el día veintinueve de marzo, a las nueve a.m. Esa demora (cuya importancia apreciará después el lector) se debía al deseo administrativo de obrar impersonal y pausadamente, como los vegetales y los planetas.

El primer sentimiento de Hladík fue de mero terror. Pensó que no lo hubieran arrojado a la horca, la decapitación o el degüello, pero que morir fusilado era intolerable. En vano se redijo que el acto puro y general de morir era lo temible, no las circunstancias concretas. No se cansaba de imaginar esas circunstancias: absurdamente procuraba agotar todas las variaciones. Anticipaba infinitamente el proceso, desde el insomne amanecer hasta la misteriosa descarga. Antes del día prefijado por Julius Rothe, murió centenares de muertes, en patios cuyas formas y cuyos ángulos fatigaban la geometría, ametrallado por soldados variables, en número cambiante, que a veces lo ultimaban desde lejos; otras, desde muy cerca. Afrontaba con verdadero temor (quizá con verdadero coraje) esas ejecuciones imaginarias; cada simulacro duraba unos pocos segundos; cerrado el círculo, Jaromir interminablemente volvía a las trémulas vísperas de su muerte. Luego reflexionó que la realidad no suele coincidir con las previsiones; con lógica perversa infirió que prever un detalle circunstancial es impedir que éste suceda. Fiel a esa débil magia, inventaba, para que no sucedieran, rasgos atroces; naturalmente, acabó por temer que esos rasgos fueran proféticos. Miserable en la noche, procuraba afirmarse

<sup>11</sup> La letra gótica apareció en la Edad Media, hacia el siglo VIII, y aún se usa en nuestros días. Fue el carácter tipográfico usado por Johannes Gutenberg, el inventor de la imprenta, quien lo difundió por todo Occidente. El narrador ironiza sobre la actitud de Julius, quien se deja engañar por la presentación que la editorial hace de Jaromir como traductor y cree que es un intelectual judío influyente.

<sup>12</sup> Expresión en francés que significa literalmente 'para estimular a los otros'. Se utiliza con la idea de dar ejemplo a los demás. El fusilamiento de Jaromir constituirá un castigo ejemplificador.

de algún modo en la sustancia fugitiva del tiempo. Sabía que éste se precipitaba hacia el alba del día veintinueve; razonaba en voz alta: *Ahora estoy en la noche del veintidós; mientras dure esta noche (y seis noches más) soy invulnerable, inmortal*. Pensaba que las noches de sueño eran piletas hondas y oscuras en las que podía sumergirse. A veces anhelaba con impaciencia la definitiva descarga, que lo redimiría, mal o bien, de su vana tarea de imaginar. El veintiocho, cuando el último ocaso reverberaba en los altos barrotes, lo desvió de esas consideraciones abyectas<sup>13</sup> la imagen de su drama *Los enemigos*.

Hladík había rebasado los cuarenta años. Fuera de algunas amistades y de muchas costumbres, el problemático ejercicio de la literatura constituía su vida; como todo escritor, medía las virtudes de los otros por lo ejecutado por ellos y pedía que los otros lo midieran por lo que vislumbraba<sup>14</sup> o planeaba. Todos los libros que había dado a la estampa le infundían un complejo arrepentimiento. En sus exámenes de la obra de Boehme, de Abnesra y de Flood, había intervenido esencialmente la mera aplicación; en su traducción del *Sepher Yezirah*, la negligencia, la fatiga y la conjetura. Juzgaba menos deficiente, tal vez, la *Vindicación de la eternidad*: el primer volumen historia las diversas eternidades que han ideado los hombres, desde el inmóvil Ser de Parménides<sup>15</sup> hasta el pasado modificable de Hinton<sup>16</sup>; el segundo niega (con Francis Bradley<sup>17</sup>) que todos

<sup>13</sup> *Abyectas* significa 'despreciables'.

<sup>14</sup> Se usa *vislumbrar* con el sentido de 'conjeturar'. El narrador adelanta la existencia de una obra inconclusa, que Jaromir querrá terminar antes de ser fusilado.

<sup>15</sup> *Parménides* fue un filósofo griego (540 a. C. - 470 a. C.) que sostuvo que el ser es indivisible e inmóvil; se opone al cambio, al devenir y a la multiplicidad.

<sup>16</sup> *Charles Howard Hinton* (1853-1907) fue un matemático británico y escritor de ciencia ficción. Anticipó la noción de línea de universo y del tiempo como cuarta dimensión.

<sup>17</sup> *Francis Herbert Bradley* (1846-1924), filósofo inglés exponente del idealismo absoluto, un sistema que concibe el conjunto de la realidad como producto de la mente y no como algo percibido por los sentidos. Su filosofía deriva directamente de la obra del filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel.

los hechos del universo integran una serie temporal. Arguye que no es infinita la cifra de las posibles experiencias del hombre y que basta una sola "repetición" para demostrar que el tiempo es una falacia<sup>18</sup>... Desdichadamente, no son menos falaces los argumentos que demuestran esa falacia; Hladík solía recorrerlos con cierta desdeñosa perplejidad. También había redactado una serie de poemas expresionistas<sup>19</sup>; éstos, para confusión del poeta, figuraron en una antología de 1924 y no hubo antología posterior que no los heredara. De todo ese pasado equívoco y lánguido quería redimirse Hladík con el drama en verso *Los enemigos*. (Hladík preconizaba el verso, porque impide que los espectadores olviden la irrealidad, que es condición del arte.)

Este drama observaba las unidades de tiempo, de lugar y de acción<sup>20</sup>; transcurría en Hradcany<sup>21</sup>, en la biblioteca del barón de Roemerstadt, en una de las últimas tardes del siglo diecinueve. En la primera escena del primer acto, un desconocido visita a Roemerstadt. (Un reloj da las siete, una vehemencia de último sol exalta los cristales, el aire trae una arrebatada y reconocible música húngara.) A esta visita siguen otras; Roemerstadt no conoce las personas que lo importunan, pero tiene la incómoda impresión de haberlos visto ya, tal vez en un sueño. Todos exageradamente lo halagan, pero es notorio —primero para los espectadores del drama, luego para el mismo barón— que son enemigos secretos, conjurados para perderlo. Roemerstadt

<sup>18</sup> *Falacia* significa 'engaño, mentira'.

<sup>19</sup> El *expresionismo* fue un movimiento artístico surgido en Alemania a principios del siglo xx. En la literatura expresionista aparecen como temas principales la guerra, la ciudad, la fragmentación, el miedo, la pérdida de la identidad individual y el fin del mundo (Apocalipsis).

<sup>20</sup> El filósofo griego Aristóteles, en el siglo iv a. C., estableció en su libro *Poética* unas sencillas técnicas que ayudaban a evitar los saltos de espacio y de tiempo en una obra de teatro: se trata de la regla de las tres unidades, según la cual la acción de una obra dramática sólo se podrá desarrollar en un día (*unidad de tiempo*), en un único espacio (*unidad de lugar*) y con un solo hilo argumental, sin acciones secundarias (*unidad de acción*).

<sup>21</sup> *Hradcany*, el barrio del Castillo, es una zona de la ciudad de Praga, actual capital de la República Checa.

logra detener o burlar sus complejas intrigas; en el diálogo, aluden a su novia, Julia de Weidenau, y a un tal Jaroslav Kubin, que alguna vez la importunó con su amor. Éste, ahora, se ha enloquecido y cree ser Roemerstadt... Los peligros arrecian; Roemerstadt, al cabo del segundo acto, se ve en la obligación de matar a un conspirador. Empieza el tercer acto, el último. Crecen gradualmente las incoherencias: vuelven actores que parecían descartados ya de la trama; vuelve, por un instante, el hombre matado por Roemerstadt.

Alguien hace notar que no ha atardecido: el reloj da las siete, en los altos cristales reverbera el sol occidental, el aire trae la arrebatada música húngara. Aparece el primer interlocutor y repite las palabras que pronunció en la primera escena del primer acto. Roemerstadt le habla sin asombro; el espectador entiende que Roemerstadt es el miserable Jaroslav Kubin. El drama no ha ocurrido: es el delirio circular que interminablemente vive y revive Kubin.

Nunca se había preguntado Hladík si esa tragicomedia de errores era baladí<sup>22</sup> o admirable, rigurosa o casual. En el argumento que he bosquejado intuía la invención más apta para disimular sus defectos y para ejercitar sus felicidades, la posibilidad de rescatar (de manera simbólica) lo fundamental de su vida. Había terminado ya el primer acto y alguna escena del tercero; el carácter métrico de la obra le permitía examinarla continuamente, rectificando los hexámetros<sup>23</sup>, sin el manuscrito a la vista. Pensó que aún le faltaban dos actos y que muy pronto iba a morir. Habló con Dios en la oscuridad. Si de algún modo existo, si no soy una de tus repeticiones y erratas, existo como autor de *Los enemigos*. Para llevar a término ese drama, que puede justificarme y justificarte, requiero un año más.

<sup>22</sup> *Baladí* quiere decir 'insignificante, de poco valor'.

<sup>23</sup> Un *hexámetro* es un verso de la poesía épica, de la sátira y de la didáctica, en la poesía griega y latina, que puede tener entre doce y diecisiete sílabas. Por su ritmo interno, es fácil de recordar.

Otórgame esos días, Tú de Quien son los siglos y el tiempo. Era la última noche, la más atroz, pero diez minutos después el sueño lo anegó como un agua oscura. Hacia el alba, soñó que se había ocultado en una de las naves de la biblioteca del Clementinum<sup>24</sup>. Un bibliotecario de gafas negras le preguntó: ¿Qué busca? Hladík le replicó: *Busco a Dios*. El bibliotecario le dijo: *Dios está en una de las letras de una de las páginas de uno de los cuatrocientos mil tomos del Clementinum. Mis padres y los padres de mis padres han buscado esa letra; yo me he quedado ciego, buscándola*. Se quitó las gafas y Hladík vio los ojos, que estaban muertos. Un lector entró a devolver un atlas. Este atlas es inútil, dijo, y se lo dio a Hladík. Éste lo abrió al azar. Vio un mapa de la India, vertiginoso. Bruscamente seguro, tocó una de las mínimas letras. Una voz ubicua<sup>25</sup> le dijo: *El tiempo de tu labor ha sido otorgado*. Aquí Hladík se despertó.

Recordó que los sueños de los hombres pertenecen a Dios y que Maimónides<sup>26</sup> ha escrito que son divinas las palabras de un sueño, cuando son distintas y claras y no se puede ver quién las dijo. Se vistió; dos soldados entraron en la celda y le ordenaron que los siguiera.

Del otro lado de la puerta, Hladík había previsto un laberinto de galerías, escaleras y pabellones. La realidad fue menos rica: bajaron a un traspatio por una sola escalera de fierro. Varios soldados —alguno de uniforme desabrochado— revisa-

<sup>24</sup> El complejo monumental del *Clementinum* es el segundo monumento más extenso de Praga, con una superficie total de dos hectáreas, y siempre fue un importantísimo centro cultural y de erudición. Desde el siglo XI, se encontraba en ese lugar la iglesia de San Clemente; en 1232 la ocuparon los dominicos y construyeron junto a ella su monasterio. En 1555, llegaron a Praga los jesuitas y compraron el edificio del monasterio con los terrenos vecinos para construir el colegio jesuita, tarea que demandó casi doscientos años. El complejo alberga desde hace más de dos siglos la Biblioteca Nacional. Se guardan ahí los manuscritos de más valor y todos los libros publicados desde 1870 en el territorio de Bohemia.

<sup>25</sup> *Ubicuo* significa 'que está presente a un mismo tiempo en todas partes'.

<sup>26</sup> *Moshé ben Maymon* o *Musa ibn Maymun* también llamado *Maimónides* (1135-1204) fue el médico, rabino y teólogo judío más célebre de la Edad Media. Tuvo una enorme importancia como filósofo y religioso en el pensamiento medieval.

ban una motocicleta y la discutían. El sargento miró el reloj: eran las ocho y cuarenta y cuatro minutos. Había que esperar que dieran las nueve. Hladík, más insignificante que desdichado, se sentó en un montón de leña. Advirtió que los ojos de los soldados rehuían los suyos. Para aliviar la espera, el sargento le entregó un cigarrillo. Hladík no fumaba; lo aceptó por cortesía o por humildad. Al encenderlo, vio que le temblaban las manos. El día se nubló; los soldados hablaban en voz baja como si él ya estuviera muerto. Vanamente, procuró recordar a la mujer cuyo símbolo era Julia de Weidenau...

El piquete se formó, se cuadró. Hladík, de pie contra la pared del cuartel, esperó la descarga. Alguien temió que la pared quedara maculada de sangre; entonces le ordenaron al reo que avanzara unos pasos. Hladík, absurdamente, recordó las vacilaciones preliminares de los fotógrafos. Una pesada gota de lluvia rozó una de las sienas de Hladík y rodó lentamente por su mejilla; el sargento vociferó la orden final.

El universo físico se detuvo.

Las armas convergían sobre Hladík, pero los hombres que iban a matarlo estaban inmóviles. El brazo del sargento eternizaba un ademán inconcluso. En una baldosa del patio una abeja proyectaba una sombra fija. El viento había cesado, como en un cuadro. Hladík ensayó un grito, una sílaba, la torsión de una mano. Comprendió que estaba paralizado. No le llegaba ni el más tenue rumor del impedido mundo. Pensó *estoy en el infierno, estoy muerto*. Pensó *estoy loco*. Pensó *el tiempo se ha detenido*. Luego reflexionó que en tal caso, también se hubiera detenido su pensamiento. Quiso ponerlo a prueba: repitió (sin mover los labios) la misteriosa cuarta égloga de Virgilio<sup>27</sup>. Imaginó que los ya remotos soldados compartían su angustia: anheló comunicarse con ellos. Le asombró no sentir ninguna

<sup>27</sup> Las *Bucólicas* (o *Églogas*) constituyen la primera de las grandes obras del poeta romano Virgilio (70 a. C.-19 a. C.).

fatiga, ni siquiera el vértigo de su larga inmovilidad. Durmió, al cabo de un plazo indeterminado. Al despertar, el mundo seguía inmóvil y sordo. En su mejilla perduraba la gota de agua; en el patio, la sombra de la abeja; el humo del cigarrillo que había tirado no acababa nunca de dispersarse. Otro "día" pasó, antes que Hladík entendiera.

Un año entero había solicitado de Dios para terminar su labor: un año le otorgaba su omnipotencia. Dios operaba para él un milagro secreto: lo mataría el plomo alemán, en la hora determinada, pero en su mente un año transcurría entre la orden y la ejecución de la orden. De la perplejidad pasó al estupor, del estupor a la resignación, de la resignación a la súbita gratitud.

No disponía de otro documento que la memoria; el aprendizaje de cada hexámetro que agregaba le impuso un afortunado rigor que no sospechan quienes aventuran y olvidan párrafos interinos y vagos. No trabajó para la posteridad ni aun para Dios, de cuyas preferencias literarias poco sabía. Minucioso, inmóvil, secreto, urdió en el tiempo su alto laberinto invisible. Rehizo el tercer acto dos veces. Borró algún símbolo demasiado evidente: las repetidas campanadas, la música. Ninguna circunstancia lo importunaba. Omitió, abrevió, amplificó; en algún caso, optó por la versión primitiva. Llegó a querer el patio, el cuartel; uno de los rostros que lo enfrentaban modificó su concepción del carácter de Roemerstadt. Descubrió que las arduas cacofonías<sup>28</sup> que alarmaron tanto a Flaubert<sup>29</sup> son meras supersticiones visuales: debilidades y molestias de la palabra escrita, no de la palabra sonora... Dio término a su drama: no le faltaba ya resolver sino un solo epíteto<sup>30</sup>. Lo encontró; la

<sup>28</sup> Las *cacofonías* son 'secuencias de sonidos desagradables o de articulación difícil'.

<sup>29</sup> *Gustave Flaubert* fue un escritor francés (1821-1880) considerado como uno de los mayores novelistas occidentales, conocido principalmente por su primera novela *Madame Bovary*.

<sup>30</sup> Un *epíteto* es un adjetivo calificativo que indica una cualidad propia del sustantivo al que acompaña (*nieve blanca*). También significa, por extensión, cualquier calificativo que se le aplica a alguien.

gota de agua resbaló en su mejilla. Inició un grito enloquecido, movió la cara, la cuádruple descarga lo derribó.

Jaromir Hladík murió el veintinueve de marzo, a las nueve y dos minutos de la mañana.



## OCTAVIO, EL INVASOR

ANA MARÍA SHUA



En: *Historia de un cuento*. Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Estaba preparado para la violencia aterradora de la luz y del sonido, pero no para la presión, la brutal presión de la atmósfera sumada a la gravedad terrestre, ejerciéndose sobre ese cuerpo tan distinto del suyo, cuyas reacciones no había aprendido todavía a controlar. Un cuerpo desconocido en un mundo desconocido. Ahora, cuando después del dolor y de la angustia del pasaje, esperaba encontrar alguna forma de alivio, todo el horror de la situación se le hacía presente.

Sólo las penosas sensaciones de la transmigración<sup>1</sup> podían compararse a lo que acababa de pasar, pero después de aquella experiencia había tenido unos meses de descanso, casi podría decirse de convalecencia, en una oscuridad cálida adonde los sonidos y la luz llegaban muy amortiguados y el líquido en el que flotaba atenuaba la gravedad del planeta.

Ahora, en cambio, sintió frío, sintió un malestar profundo, se sintió transportado de un lado a otro, sintió que su cuerpo necesitaba desesperadamente oxígeno, pero ¿cómo y dónde obtenerlo? Un alarido se le escapó de su boca, y supo que algo se expandía en su interior, un ingenioso mecanismo automático que le permitiría utilizar el oxígeno del aire para sobrevivir.

---

<sup>1</sup> El término *transmigración* se aplica, en este caso, en su doble acepción. En relación a una nación o parte de ella, refiere el pasaje de un país a otro para vivir en él. En el segundo caso, se vincula con el alma y señala su paso de un campo a otro. A lo largo del relato, veremos que en el caso del personaje de Octavio ambos significados se complementan, ya que él transmigra física y espiritualmente a un mundo nuevo.

—Varón —dijo la partera—. Un varoncito sano y hermoso, señora.

—¿Cómo lo va a llamar? —dijo el obstetra.

—Octavio —contestó la mujer, agotada por el esfuerzo y colmada de esa pura felicidad física que sólo puede proporcionar la interrupción brusca del dolor.

Octavio descubrió, como una circunstancia más del horror en el que se encontraba inmerso, que era incapaz de organizar en percepción sus sensaciones: debía haber voces humanas, pero no podía distinguirlas en la masa indiferenciada de sonidos que lo asfixiaba, otra vez se sintió transportado, algo o alguien lo tocaba y movía partes de su cuerpo, la luz lo dañaba. De pronto lo alzaron por el aire para depositarlo sobre algo tibio y blando. Dejó de aullar: desde el interior de ese lugar cálido provenía, amortiguado, el ritmo acompasado, tranquilizador, que había oído durante su convaleciente espera, en los meses que siguieron a la transmigración. El terror disminuyó. Comenzó a sentirse inexplicablemente seguro, en paz. Allí estaba, por fin, formando parte de las avanzadas, en este nuevo intento de invasión que, esta vez, no fracasaría. Tenía el deber de sentirse orgulloso, pero el cansancio luchó contra el orgullo hasta vencerlo: sobre el pecho de la hembra terrestre que creía ser su madre se quedó, por primera vez en este mundo, profundamente dormido.

Despertó un tiempo después, imposible calcular cuánto. Se sentía más lúcido y comprendía que ninguna preparación previa podría haber sido suficiente para responder coherentemente a las brutales exigencias de ese cuerpo que habitaba y que sólo ahora, a partir del nacimiento, se imponían en toda su crudeza. Era lógico que la transmigración no se hubiera intentado jamás en especímenes adultos: el brusco cambio de conducta, la repentina torpeza en el manejo de su cuerpo, hubieran sido inmediatamente detectados por el enemigo.

Octavio había aprendido, antes de partir, el idioma que se hablaba en esa zona de la Tierra o, al menos, sus principales rasgos. Porque recién ahora se daba cuenta de la diferencia entre la adquisición de una lengua en abstracto<sup>2</sup> y su integración con los hechos biológicos y culturales en los que esa lengua se había constituido. La palabra «cabeza», por ejemplo, había comenzado a cobrar su verdadero sentido (o, al menos, uno de ellos), cuando la fuerza gigantesca que lo empujara hacia adelante lo había obligado a utilizar esa parte de su cuerpo, que latía aún dolorosamente, como ariete<sup>3</sup> para abrirse paso por un conducto demasiado estrecho.

Recordó que otros como él habían sido destinados a las mismas coordenadas espacio-temporales<sup>4</sup>. Se preguntó si algunos de sus poderes habrían sobrevivido a la transmigración y si serían capaces de utilizarlos. Consiguió enviar algunas débiles ondas que obtuvieron respuesta inmediata: eran nueve y estaban allí, muy cerca de él y, como él, llenos de miedo, de dolor y de pena. Sería necesario esperar mucho más de lo previsto antes de empezar a organizarse para proseguir con sus planes. Su extraño cuerpo volvió a agitarse y a temblar incontroladamente, y Octavio lanzó un largo aullido al que sus compañeros respondieron: así, en ese lugar desconocido y terrible, lloraron juntos la nostalgia del planeta natal.

Dos enfermeras entraron en la nursery.

<sup>2</sup> La lengua será, a lo largo del proceso transmigratorio, un elemento de vínculo esencial entre Octavio y su nueva realidad. El pasaje de la abstracción a la palabra marcará su integración al mundo cotidiano.

<sup>3</sup> Un *ariete* es una máquina militar que se empleaba, antiguamente, para abatir murallas. Consistía en una viga larga y pesada, reforzada en uno de sus extremos con una pieza de hierro o de bronce, labrada, generalmente, en forma de cabeza de carnero.

A lo largo del texto, aparecerán en el discurso de Octavio, numerosas palabras vinculadas al ámbito militar. La finalidad de la narradora es confrontar el lenguaje del "invasor" con las expresiones propias de la vida familiar.

<sup>4</sup> Para comprender mejor la importancia de las coordenadas de tiempo y espacio en la historia, lean la información sobre el cronotopo que aparece en las Puertas de Acceso.

—Qué cosa —dijo la más joven. —Se larga a llorar uno y parece que los otros se contagian, en seguida se arma el coro.

—Vamos, apurate que hay que bañarlos a todos y llevarlos a las habitaciones —dijo la otra, que consideraba su trabajo monótono y mal pago y estaba harta de oír siempre los mismos comentarios.

Fue la más joven de las enfermeras la que llevó a Octavio, limpio y cambiado, hasta la habitación donde lo esperaba su madre.

—Toc toc, ¡buenos días, mamita! —dijo la enfermera, que era naturalmente simpática y cariñosa, y sabía hacer valer sus cualidades a la hora de ganarse la propina.

Aunque sus sensaciones seguían constituyendo una masa informe y caótica, Octavio ya era capaz de reconocer aquellas que se repetían y supo, entonces, que la mujer que creía ser su madre lo recibía en sus brazos. Pudo, incluso, desglosar<sup>5</sup> el sonido de su voz de los demás ruidos ambientales. De acuerdo con sus instrucciones, Octavio debía lograr que se lo alimentara artificialmente: era preferible reducir a su mínima expresión el contacto físico con el enemigo.

—Míralo al muy vagoneta, no se quiere prender al pecho.

—Acordate que con Ale al principio pasó lo mismo, hay que tener paciencia. Avisá a la nursery que te lo dejen en la pieza. Si no, te lo llenan de suero glucosado<sup>6</sup> y cuando lo traen ya no tiene hambre —dijo la abuela de Octavio.

En el sanatorio no aprobaban la práctica del *rooming-in*<sup>7</sup>, que consistía en permitir que los bebés permanecieran con sus madres en lugar de ser remitidos a la nursery después de cada mamada. Hubo un pequeño forcejeo con la jefa de nurses hasta que se

<sup>5</sup> El término *desglosar* indica la acción de separar algo de un todo para estudiarlo o considerarlo por separado. Nuevamente, vemos la importancia de la voz y de la palabra en la conformación del vínculo entre Octavio y su nuevo mundo.

<sup>6</sup> El *suero glucosado* es una sustancia líquida medicinal, a base de agua azucarada y otras sales, que se administra con fines curativos.

<sup>7</sup> La expresión *rooming-in* es una voz inglesa que significa, literalmente, en la habitación.

comprobó que existía la autorización expresa del pediatra. Octavio no estaba todavía en condiciones de enterarse de estos detalles y sólo supo que lo mantenían ahora muy lejos de sus compañeros, de los que le llegaba a veces, alguna remota vibración.

Cuando la dolorosa sensación que provenía del interior de su cuerpo se hizo intolerable, Octavio comenzó a gritar otra vez. Fue alzado por el aire hasta ese lugar cálido y mullido del que, a pesar de sus instrucciones, odiaba separarse. Y cuando algo le acarició la mejilla, no pudo evitar que su cabeza girara y sus labios se entreabrieran. Desesperado, empezó a buscar frenéticamente alivio para la sensación quemante que le desgarraba las entrañas. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Octavio estaba succionando con avidez el pezón de su «madre». Odiándose a sí mismo, comprendió que toda su voluntad no lograría desprenderlo de la fuente de alivio, el cuerpo mismo de un ser humano. Las palabras «dulce» y «tibio» que, aprendidas en relación con los órganos que en su mundo organizaban la experiencia, le habían parecido términos simbólicos<sup>8</sup>, se llenaban ahora de significado concreto. Tratando de persuadirse de que esa pequeña concesión en nada afectaría su misión, Octavio volvió a quedarse dormido.

Unos días después Octavio había logrado, mediante una penosa ejercitación, permanecer despierto algunas horas. Ya podía levantar la cabeza y enfocar durante algunos segundos la mirada, aunque los movimientos de sus apéndices<sup>9</sup> eran todavía totalmente incoordinados. Mamaba regularmente cada tres horas. Reconocía las voces humanas y distinguía las palabras, aunque estaba lejos de haber aprehendido suficientes elementos de la cultura en la que estaba inmerso como para llegar a una

<sup>8</sup> A medida que avanza el relato, las palabras adquieren significado en el mundo de Octavio; lo transforman y redefinen su identidad. El lenguaje es un símbolo de su cambio. En Cuarto de Herramientas, encontrarán más información referida a la presencia de los símbolos en los textos.

<sup>9</sup> El uso de la palabra *apéndice* en reemplazo de "manos" o "piernas" contribuye al sentido extraño del personaje de Octavio y lo aleja, sutilmente, de su condición humana. Reconfirma su esencia de "invasor".

comprensión cabal. Esperaba ansiosamente el momento en que sería capaz de una comunicación racional con esa raza inferior a la que debía informar de sus planes de dominio, hacerles sentir su poder. Fue entonces cuando recibió el primer ataque.

Lo esperaba. Ya había intentado comunicarse telepáticamente<sup>10</sup> con él, sin obtener respuesta. Aparentemente el traidor había perdido parte de sus poderes o se negaba a utilizarlos. Como una descarga eléctrica, había sentido el contacto con esa masa roja de odio en movimiento. Lo llamaban Ale y también Alejandro, chiquito, nene, tesoro. Había formado parte de una de las tantas invasiones que fracasaron, hacía ya dos años; perdiéndose todo contacto con los que intervinieron en ella. Ale era un traidor a su mundo y a su causa: era lógico prever que trataría de librarse de él por cualquier medio.

Mientras la mujer estaba en el baño, Ale se apoyó en el moisés con toda la fuerza de su cuerpecito hasta volcarlo. Octavio fue despedido por el aire y golpeó con fuerza contra el piso, aullando de dolor. La mujer corrió hacia la habitación, gritando. Ale miraba espantado los magros resultados de su acción, que podía tener, en cambio, terribles consecuencias para su propia persona. Sin hacer caso de él, la mujer alzó a Octavio y lo apretó suavemente contra su pecho, canturreando para calmarlo.

Avergonzándose de sí mismo, Octavio respiró el olor de la mujer y lloró y lloró hasta lograr que le pusieran el pezón en la boca. Aunque no tenía hambre, mamó con ganas mientras el dolor desaparecía poco a poco. Para no volverse loco, Octavio trató de pensar en el momento en el que por fin llegaría a dominar la palabra, la palabra liberadora, el lenguaje que, fingiendo comunicarlo, serviría en cambio para establecer la necesaria distancia entre su cuerpo y ese otro en cuyo calor se complacía.

<sup>10</sup> La *telepatía* consiste en la transmisión de contenidos psíquicos, pensamientos o sensaciones entre personas, sin intervención de agentes físicos conocidos. La comunicación telepática representa el mundo original de Octavio, ajeno al lenguaje humano.

Frustrado en su intento de agresión directa y estrechamente vigilado por la mujer, el traidor tuvo que contentarse con expresar su hostilidad en forma más disimulada, con besos que se transformaban en mordiscos y caricias en las que se hacían sentir las uñas. Sus abrazos le produjeron en dos oportunidades un principio de asfixia. La segunda vez volvió a rescatarlo la intervención de la mujer: Alejandro se había acostado sobre él y con su pecho le aplastaba la boca y la nariz, impidiendo el paso del aire.

De algún modo, Octavio logró sobrevivir. Había aprendido mucho. Cuando entendió que se esperaba de él una respuesta a ciertos gestos, empezó a devolver las sonrisas, estirando la boca en una mueca vacía que los humanos festejaban como si estuviera colmada de sentido. La mujer lo sacaba a pasear en el cochecito, y él levantaba la cabeza todo lo posible, apoyándose en los antebrazos, para observar el movimiento de las calles. Algo en su mirada debía llamar la atención, porque la gente se detenía para mirarlo y hacer comentarios.

—¡Qué divino! —decían casi todos, y la palabra «divino»<sup>11</sup>, que hacía referencia a una fuerza desconocida y suprema, le parecía a Octavio peligrosamente reveladora: tal vez se estuviera descuidando en la ocultación de sus poderes.

—¡Qué divino! —insistía la gente.

—¡Cómo levanta la cabecita! —y cuando Octavio sonreía, añadían complacidos—: ¡Este sí que no tiene problemas!

Octavio conocía ya las costumbres de la casa y la repetición de ciertos hábitos le daba una sensación de seguridad. Los ruidos violentos, en cambio, volvían a sumirlo en un terror descontrolado, retrotrayéndolo<sup>12</sup> al dolor de la transmigración.

<sup>11</sup> El narrador juega con el doble significado del adjetivo *divino*. Mientras que los comentarios de la gente aluden al carácter extremadamente primoroso del bebé, para Octavio el término es evidencia de su «notorio» aspecto de dios supremo.

<sup>12</sup> La palabra *retrotraer* señala la acción de retroceder a un tiempo pasado para tomarlo como referencia o punto de partida del relato de Octavio.

Relegando sus intenciones ascéticas<sup>13</sup>, Octavio no temía ya a entregarse a los placeres animales que le proponía su nuevo cuerpo. Le gustaba que lo introdujeran en agua tibia, que lo cambiaran, dejando al aire las zonas de su piel escaldadas<sup>14</sup> por la orina, le gustaba más que nada el contacto con la piel de la mujer. Poco a poco se hacía dueño de sus movimientos. Pero a pesar de sus esfuerzos por mantenerla viva, la feroz energía destructiva con la que había llegado a este mundo iba atenuándose junto con los recuerdos del planeta de origen.

Octavio se preguntaba si subsistían en toda su fuerza los poderes con que debía iniciar la conquista y que todavía no había llegado el momento de probar. Ale, era evidente, ya no los tenía: desde allí, y a causa de su traición, debían haberlo despojado de ellos. En varias oportunidades se encontró por la calle con otros invasores y se alegró de comprobar que aún eran capaces de responder a sus ondas telepáticas. No siempre, sin embargo, obtenía contestación, y una tarde de sol se encontró con un bebé de mayor tamaño, de sexo femenino, que rechazó con fuerza su aproximación mental.

En la casa había también un hombre, pero afortunadamente Octavio no se sentía físicamente atraído hacia él, como le sucedía con la mujer. El hombre permanecía menos tiempo en la casa y aunque lo sostenía frecuentemente en sus brazos, Octavio percibía un halo<sup>15</sup> de hostilidad que emanaba de él y que por momentos se le hacía intolerable. Entonces lloraba con fuerza hasta que la mujer iba a buscarlo, enojada.

—¡Cómo puede ser que a esta altura todavía no sepas tener a un bebe en brazos!

<sup>13</sup> Las personas *ascéticas* son aquellas que se dedican, particularmente, a la práctica y ejercicio de la proyección espiritual.

<sup>14</sup> La piel *escaldada* se muestra roja e irritada, y produce una sensación parecida a la causada por una quemadura. En los bebés, es habitual por el roce del pañal y la humedad de la orina.

<sup>15</sup> El término *halo* se refiere, en sentido figurado, al prestigio o características psíquicas de una persona. Octavio percibe un "aura" o brillo hostil en la torpeza de su padre.

Un día, cuándo Octavio ya había logrado darse vuelta boca arriba a voluntad y asir algunos objetos con las manos torpemente, él y el hombre quedaron solos en la casa. Por primera vez, el hombre quiso cambiarlo, y Octavio consiguió emitir en el momento preciso un chorro de orina que mojó la cara de su padre.

El hombre trabajaba en una especie de depósito donde se almacenaban en grandes cantidades los papeles que los humanos utilizaban como medio de intercambio. Octavio comprobó que estos papeles eran también motivo de discusión entre el hombre y la mujer y, sin saber muy bien de qué se trataba, tomó el partido de ella. Ya había decidido que, cuando se completaran los planes de invasión, la mujer, que tanto y tan estrechamente había colaborado con el invasor, merecería gozar de algún tipo de privilegio. No habría, en cambio, perdón para los traidores. A Octavio comenzaba a molestarle que la mujer alzara en brazos o alimentara a Alejandro y hubiera querido prevenirla contra él: un traidor es siempre peligroso, aún para el enemigo que lo ha aceptado entre sus huestes<sup>16</sup>.

El pediatra estaba muy satisfecho con los progresos de Octavio, que había engordado y crecido razonablemente y ya podía permanecer unos segundos sentado sin apoyo.

—¿Viste qué mirada tiene? A veces me parece que entiende todo— decía la mujer, que tenía mucha confianza con el médico y lo tuteaba.

—Estos bichos entienden más de lo que uno se imagina—contestaba el doctor, riendo. Y Octavio devolvía una sonrisa que ya no era sólo una mueca vacía.

Mamá destetó a Octavio a los siete meses y medio. Aunque ya tenía dos dientes y podía mascullar unas pocas sílabas sin sentido para los demás, Octavio seguía usando cada vez con más oportunidad y precisión su recurso preferido: el llanto. El

<sup>16</sup> La palabra *hueste* proviene del latín *hostis* y significa 'enemigo o adversario'. El plural *huestes* designa a los ejércitos en campaña. La terminología de guerra sigue presente en el discurso de Octavio.

destete no fue fácil porque el bebé parecía rechazar la comida sólida y no mostraba entusiasmo por el biberón. Octavio sabía que debía sentirse satisfecho de que un objeto de metal cargado de comida o una tetina de goma se interpusieran entre su cuerpo y el de la mujer, pero no encontraba en su interior ninguna fuente de alegría. Ahora podía permanecer mucho tiempo sentado y arrastrarse por el piso. Pronto llegaría el gran momento en que lograría pronunciar su primera palabra, y se contentaba con soñar con el brusco viraje que se produciría entonces en sus relaciones con los humanos. Sin embargo, sus planes se le aparecían confusos, lejanos, y a veces su vida anterior le resultaba tan difícil de recordar como un sueño.

Aunque la presencia de la mujer no le era ahora imprescindible, ya que su alimentación no dependía de ella, su ausencia se le hacía cada vez más intolerable. Verla desaparecer detrás de una puerta sin saber cuándo volvería le provocaba un dolor casi físico que se expresaba en gritos agudos. A veces ella jugaba a las escondidas, tapándose la cara con un trapo y gritando, absurdamente: "¡No ta mamá, no ta!". Se destapaba después y volvía a gritar: "¡Acá ta mamá!". Octavio disimulaba con risas la angustia que le provocaba la desaparición de ese rostro que sabía, sin embargo, tan próximo.

Inesperadamente, al mismo tiempo que adquiría mayor dominio sobre su cuerpo, Octavio comenzó a padecer una secuela<sup>17</sup> psíquica del Gran Viaje: los rostros humanos desconocidos lo asustaban. Trató de racionalizar su terror diciéndose que cada persona nueva que veía podía ser un enemigo al tanto de sus planes. Ese temor a los desconocidos produjo un cambio en sus relaciones con su familia terrestre. Ya no sentía la vieja y tranquilizadora mezcla de odio y desprecio por el traidor. Ale,

<sup>17</sup> El sustantivo *secuela* designa el trastorno o lesión que queda tras la curación de un traumatismo y es consecuencia de ello. Esta palabra constituye, por su aspecto temporal, una división tajante entre el pasado de Octavio y su nueva realidad.

a su vez parecía percibir la diferencia y lo besaba o lo acariciaba a veces sin utilizar sus muestras de cariño para disimular un ataque. Octavio no quería confesarse hasta qué punto lo comprendía ahora, qué próximo se sentía a él.

Cuando la mujer, que había empezado a trabajar fuera de la casa, salía por algunas horas dejándolos al cuidado de otras personas, Ale y Octavio se sentían extrañamente solidarios en su pena. Octavio había llegado al extremo de aceptar con placer que el hombre lo tuviera en sus brazos, pronunciando extraños sonidos que no pertenecían a ningún idioma terrestre, como si buscara algún lenguaje que pudiera aproximarlos.

Y por fin, llegó la palabra. La primera palabra, la utilizó con éxito para llamar a su lado a la mujer que estaba en la cocina, Octavio había dicho «mamá». Ya era, para entonces, completamente humano. Una vez más la milenaria, la infinita invasión, había fracasado.



# LA TRAMA CELESTE

---

ADOLFO BIOY CASARES

---



© Adolfo Bioy Casares, 1948.  
© Herederos de Adolfo Bioy Casares.

Cuando el capitán Ireneo Morris y el doctor Carlos Alberto Servian, médico homeópata<sup>1</sup>, desaparecieron, un 20 de diciembre, de Buenos Aires, los diarios apenas comentaron el hecho. Se dijo que había gente engañada, gente complicada y que una comisión estaba investigando; se dijo también que el escaso radio de acción del aeroplano utilizado por los fugitivos permitía afirmar que éstos no habían ido muy lejos. Yo recibí en esos días una encomienda; contenía: tres volúmenes *in quarto*<sup>2</sup> (las obras completas del comunista Luis Augusto Blanqui<sup>3</sup>); un anillo de escaso valor (una aguamarina en cuyo fondo se veía la efigie de una diosa con cabeza de caballo); unas cuantas páginas escritas a máquina —*Las aventuras del capitán Morris*— firmadas C. A. S. Transcribiré esas páginas.

### *Las aventuras del capitán Morris*

Este relato podría empezar con alguna leyenda celta<sup>4</sup> que nos hablara del viaje de un héroe a un país que está del otro lado de

<sup>1</sup> La *homeopatía* es un sistema curativo que consiste en aplicar a las enfermedades, en dosis mínimas, las mismas sustancias que, en mayores cantidades, producirían al hombre sano síntomas iguales o parecidos a los que trata de combatir. Emplea remedios que carecen de ingredientes químicos.

<sup>2</sup> Se denomina *in quarto* a una hoja plegada en cuatro (ocho páginas). El formato de un libro raramente se expresa en centímetros, pero sí en función del plegado de la hoja entregada por el papelerero al impresor.

<sup>3</sup> *Luis Augusto Blanqui* (1805-1881) fue un teórico socialista y político francés. Inspiró el sindicalismo revolucionario (blanquismo).

<sup>4</sup> Los *celtas* fueron un grupo de pueblos indoeuropeos que se establecieron antiguamente en la Galia, las islas Británicas, la península ibérica, Italia, los Balcanes y el Asia Menor. La riqueza de sus leyendas permanece hasta la actualidad.

una fuente, de una infranqueable prisión hecha de ramas tiernas, o de un anillo que torna invisible a quien lo lleva, o de una nube mágica, o de una joven llorando en el remoto fondo de un espejo que está en la mano del caballero destinado a salvarla, o de la busca, interminable y sin esperanza, de la tumba del rey Arturo<sup>5</sup>:

Ésta es la tumba de March y ésta la de Gwythyr; ésta es la tumba de Gwgawn Gleddyffreidd; pero la tumba de Arturo es desconocida.

También podría empezar con la noticia, que oí con asombro y con indiferencia, de que el tribunal militar acusaba de traición al capitán Morris. O con la negación de la astronomía. O con una teoría de esos movimientos, llamados “pases”, que se emplean para que aparezcan o desaparezcan los espíritus.

Sin embargo, yo elegiré un comienzo menos estimulante; si no lo favorece la magia, lo recomienda el método. Esto no importa un repudio de lo sobrenatural; menos aún, el repudio de las alusiones o invocaciones del primer párrafo.

Me llamo Carlos Alberto Servian, y nací en Rauch<sup>6</sup>; soy armenio. Hace ocho siglos que mi país no existe; pero deje que un armenio se arrime a su árbol genealógico; toda su descendencia odiará a los turcos.<sup>7</sup> “Una vez armenio, siempre armenio”. Somos como una sociedad secreta, como un clan, y dispersos por los continentes, la indefinible sangre, unos ojos y una nariz que se repiten, un modo de comprender y de gozar la tierra, ciertas

<sup>5</sup> *Artús* o *Arturo* fue un jefe galés legendario, que animó la resistencia de los celtas a la conquista anglosajona entre el final del siglo v y el principio del vi. Sus aventuras dieron origen a las novelas del llamado ciclo artúrico.

<sup>6</sup> *Rauch* es una localidad de la provincia de Buenos Aires, ubicada a 277 kilómetros de la Capital Federal.

<sup>7</sup> Servian dice esto porque Armenia fue asolada por las invasiones turcas y mongolas desde comienzos del siglo xi. En el siglo xvii, fue dividida entre Turquía y Persia. Hoy en día, esta región geográfica e histórica se encuentra repartida entre Turquía (la mayor parte), la República de Armenia e Irán.

habilidades, ciertas intrigas, ciertos desarreglos en que nos reconocemos, la apasionada belleza de nuestras mujeres, nos unen.<sup>8</sup>

Soy, además, hombre soltero y, como el Quijote<sup>9</sup>, vivo (vivía) con una sobrina: una muchacha agradable, joven y laboriosa. Añadiría otro calificativo —tranquila—, pero debo confesar que en los últimos tiempos no lo mereció. Mi sobrina se entretenía en hacer las funciones de secretaria, y, como no tengo secretaria, ella misma atendía el teléfono, pasaba en limpio y arreglaba con certera lucidez las historias médicas y las sintomatologías que yo apuntaba al azar de las declaraciones de los enfermos (cuya regla común es el desorden) y organizaba mi vasto archivo. Practicaba otra diversión no menos inocente: ir conmigo al cinematógrafo los viernes a la tarde. Esa tarde era viernes.

Se abrió la puerta; un joven militar entró, enérgicamente, en el consultorio.

Mi secretaria estaba a mi derecha, de pie, atrás de la mesa, y me extendía, impasible, una de esas grandes hojas en que apunto los datos que me dan los enfermos. El joven militar se presentó sin vacilaciones —era el teniente Kramer— y después de mirar ostensiblemente a mi secretaria, preguntó con voz firme:

—¿Hablo?

Le dije que hablara. Continuó:

—El capitán Ireneo Morris quiere verlo. Está detenido en el Hospital Militar.

Tal vez contaminado por la marcialidad<sup>10</sup> de mi interlocutor, respondí:

—A sus órdenes.

<sup>8</sup> La idea de sociedad secreta, de signos de reconocimiento y pertenencia recorre todo el cuento hasta el final.

<sup>9</sup> *Don Quijote*, el personaje creado por Miguel de Cervantes en el siglo xvii, también era soltero, y vivía con una sobrina y un ama (quienes se encargaban de la organización de las tareas domésticas).

<sup>10</sup> *Marcialidad* se refiere, en primer término, a la calidad de aquello relacionado con la milicia; en segundo lugar, a la postura firme erguida. Tengamos en cuenta que el personaje es un joven militar, a quien ya se caracterizó con las palabras *enérgicamente*, *con voz firme*, *sin vacilaciones*. Esta descripción anticipa el comportamiento de los militares ante la historia vivida por el capitán Morris.

—¿Cuándo irá? —preguntó Kramer.

—Hoy mismo. Siempre que me dejen entrar a estas horas...

—Lo dejarán —declaró Kramer, y con movimientos ruidosos y gimnásticos hizo la venia. Se retiró en el acto.

Miré a mi sobrina; estaba demudada. Sentí rabia y le pregunté qué le sucedía. Me interpeló:

—¿Sabes quién es la única persona que te interesa?

Tuve la ingenuidad de mirar hacia donde me señalaba. Me vi en el espejo. Mi sobrina salió del cuarto, corriendo.

Desde hacía un tiempo estaba menos tranquila. Además había tomado la costumbre de llamarme egoísta. Parte de la culpa de esto la atribuyo a mi *ex libris*<sup>11</sup>. Lleva triplemente inscrita —en griego, en latín y en español— la sentencia *Conócete a ti mismo*<sup>12</sup> (nunca sospeché hasta dónde me llevaría esta sentencia) y me reproduce contemplando, a través de una lupa, mi imagen en un espejo. Mi sobrina ha pegado miles de estos *ex libris* en miles de volúmenes de mi versátil<sup>13</sup> biblioteca. Pero hay otra causa para esta fama de egoísmo. Yo era un metódico, y los hombres metódicos, los que sumidos en oscuras ocupaciones postergamos los caprichos de las mujeres, parecemos locos, o imbéciles, o egoístas.

<sup>11</sup> Un *ex libris* es una estampa, etiqueta o sello que suele colocarse en el reverso de la cubierta o tapa de un libro, y que contiene el nombre del dueño del ejemplar o de la biblioteca propietaria. El nombre del poseedor va precedido usualmente de la expresión latina *ex libris*. Por lo general, exhibe también alguna imagen, muchas veces acompañada de algún lema.

<sup>12</sup> En griego, γνῶσθι σε αὐτῶν; en latín, *nosce te ipsum*. Esta inscripción, puesta por los siete sabios en el frontispicio del templo de Delfos, es clásica en el pensamiento griego. En todos los tiempos, muchos pensadores han reflexionado sobre ella siguiendo el ejemplo de Sócrates y de Platón. La sabiduría de Occidente comienza, en su vertiente filosófica, con este pensamiento, intentando alejarse de adivinanzas y supersticiones. En el cuento, el personaje de Servian, médico, racional, va a verse enfrentado con hechos inexplicables.

<sup>13</sup> *Versátil* significa 'voluble' e 'inconstante', 'que cambia con facilidad de gustos, opiniones o sentimientos'. En este texto, el adjetivo se utiliza para indicar que la biblioteca está compuesta por libros que se refieren a distintas áreas del conocimiento y a diferentes tipos de literatura.

Atendí (confusamente) a dos clientes y me fui al Hospital Militar.

Habían dado las seis cuando llegué al viejo edificio de la calle Pozos<sup>14</sup>. Después de una solitaria espera y de un cándido y breve interrogatorio me condujeron a la pieza ocupada por Morris. En la puerta había un centinela con bayoneta<sup>15</sup>. Adentro, muy cerca de la cama de Morris, dos hombres que no me saludaron jugaban al dominó.

Con Morris nos conocemos de toda la vida; nunca fuimos amigos. He querido mucho a su padre. Era un viejo excelente, con la cabeza blanca, redonda, rapada, y los ojos azules, excesivamente duros y despiertos; tenía un ingobernable patriotismo galés, una incontenible manía de contar leyendas celtas. Durante muchos años (los más felices de mi vida) fue mi profesor. Todas las tardes estudiábamos un poco, él contaba y yo escuchaba las aventuras de los mabinogion<sup>16</sup>, y en seguida reponíamos fuerzas tomando unos mates con azúcar quemada. Por los patios andaba Ireneo; cazaba pájaros y ratas, y con un cortaplumas, un hilo y una aguja, combinaba cadáveres heterogéneos; el viejo Morris decía que Ireneo iba a ser médico. Yo iba a ser inventor, porque aborrecía los experimentos de Ireneo y porque alguna vez había dibujado una bala con resortes, que permitiría los más envejecedores viajes interplanetarios, y un motor hidráulico, que, puesto en marcha, no se detendría nunca. Ireneo y yo estábamos alejados por una mutua y consciente antipatía. Ahora, cuando nos encontramos, sentimos una gran dicha, una floración de nostalgias y de cordialidades, repetimos un breve

<sup>14</sup> El primer *Hospital Militar* se estableció en Bolívar y Caseros, a fines del siglo XIX, con motivo de la epidemia de fiebre amarilla. En 1898, se trasladó a la calle Pozos (Combate de los Pozos), donde funcionó durante casi medio siglo.

<sup>15</sup> La *bayoneta* es un arma blanca que se adapta exteriormente al cañón del fusil, junto a la boca.

<sup>16</sup> Los *mabinogion* son una colección de relatos populares galeses, que datan del siglo XII, cuyos primeros manuscritos son de los siglos XIV y XV. La primera traducción al inglés fue publicada en el año 1838.

diálogo con fervientes alusiones a una amistad y a un pasado imaginarios, y en seguida no sabemos qué decirnos.

El país de Gales, la tenaz corriente celta, había acabado en su padre. Ireneo es tranquilamente argentino, e ignora y desdén por igual a todos los extranjeros. Hasta en su apariencia es típicamente argentino (algunos lo han creído sudamericano): más bien chico, delgado, fino de huesos, de pelo negro —muy peinado, reluciente—, de mirada sagaz.

Al verme pareció emocionado (yo nunca lo había visto emocionado; ni siquiera en la noche de la muerte de su padre). Me dijo con voz clara, como para que oyeran los que jugaban al dominó:

—Dame esa mano. En estas horas de prueba has demostrado ser el único amigo.

Esto me pareció un agradecimiento excesivo para mi visita. Morris continuó:

—Tenemos que hablar de muchas cosas, pero comprenderás que ante un par de circunstancias así —miró con gravedad a los dos hombres— prefiero callar. Dentro de pocos días estaré en casa; entonces será un placer recibirte.

Creí que la frase era una despedida. Morris agregó que “si no tenía apuro” me quedara un rato.

—No quiero olvidarme —continuó—. Gracias por los libros.

Murmuré algo, confusamente. Ignoraba qué libros me agradecía. He cometido errores; no el de mandar libros a Ireneo. Habló de accidentes de aviación; negó que hubiera lugares —el Palomar, en Buenos Aires; el Valle de los Reyes, en Egipto— que irradiaran corrientes capaces de provocarlos.<sup>17</sup>

En sus labios, “el Valle de los Reyes” me pareció increíble. Le pregunté cómo lo conocía.

—Son las teorías del cura Moreau —repuso Morris—.

<sup>17</sup> En *El Palomar*, estaba ubicada la Escuela Militar de Aviación. El Valle de los Reyes es un yacimiento arqueológico de Egipto; era el lugar elegido como sepultura por los soberanos del Imperio nuevo. Morris une un espacio cotidiano con otro al que se asocian características de misterio y se crea así un clima de extrañamiento en el lector.

Otros dicen que nos falta disciplina. Es contraria a la idiosincrasia de nuestro pueblo, si me seguís. La aspiración del aviador criollo es aeroplanos como la gente. Si no, acordáte de las proezas de Mira, con el Golondrina<sup>18</sup>, una lata de conservas atada con alambres...

Le pregunté por su estado y por el tratamiento a que lo sometían. Entonces fui yo quien habló en voz bien alta, para que oyeran los que jugaban al dominó.

—No admitas inyecciones. Nada de inyecciones. No te envenenes la sangre. Toma un *Depuratum 6* y después un *Árnica 10.000*. Sos un caso típico de *Árnica*. No lo olvides: dosis infinitesimales.<sup>19</sup>

Me retiré con la impresión de haber logrado un pequeño triunfo. Pasaron tres semanas. En casa hubo pocas novedades. Ahora, retrospectivamente, quizá descubra que mi sobrina estuvo más atenta que nunca, y menos cordial. Según nuestra costumbre los dos viernes siguientes fuimos al cinematógrafo; pero el tercer viernes, cuando entré en su cuarto, no estaba. Había salido, ¡había olvidado que esa tarde iríamos al cinematógrafo!

Después llegó un mensaje de Morris. Me decía que ya estaba en su casa y que fuera a verlo cualquier tarde.

Me recibió en el escritorio. Lo digo sin reticencias: Morris había mejorado. Hay naturalezas que tienden tan invenciblemente al equilibrio de la salud que los peores venenos inventados por la alopatía<sup>20</sup> no las abruman.

<sup>18</sup> *Virgilio Mira* fue un aviador de origen italiano, que vivió en la Argentina a comienzos del siglo xx. Construía sus propios aviones, a los que denominaba *Golondrina*. Con un monoplano *Golondrina* estableció, en 1920, un servicio de taxi aéreo entre Lomas de Zamora y Villa Lugano.

<sup>19</sup> Se dijo al comienzo del cuento que Carlos Servian es un médico homeópata. Por eso, le recomienda a Morris medicamentos homeopáticos como *Depuratum* y *Árnica* (que es usada para aliviar el dolor y evitar las infecciones; sus propiedades desinflamatorias reducen la hinchazón luego de un golpe).

<sup>20</sup> La *alopatía* consiste en el tratamiento de las enfermedades con remedios de naturaleza contraria a la de dichas enfermedades. Es lo que conocemos como medicina tradicional, y lo opuesto a la homeopatía. A eso se debe el comentario irónico de Servian.

Al entrar en esa pieza tuve la impresión de retroceder en el tiempo; casi diría que me sorprendió no encontrar al viejo Morris (muerto hace diez años), aseado y benigno, administrando con reposo los impedimenta<sup>21</sup> del mate. Nada había cambiado. En la biblioteca encontré los mismos libros, los mismos bustos de Lloyd George<sup>22</sup> y de William Morris<sup>23</sup>, que había contemplado mi agradable y ociosa juventud, ahora me contemplaban; y en la pared colgaba el horrible cuadro que sobrecogió mis primeros insomnios: la muerte de Griffith ap Rhys, conocido como *El fulgor y el poder y la dulzura de los varones del Sur*.

Traté de llevarlo inmediatamente a la conversación que le interesaba. Dijo que sólo tenía que agregar unos detalles a lo que me había expuesto en su carta. Yo no sabía qué responder; yo no había recibido ninguna carta de Ireneo. Con súbita decisión le pedí que si no le fatigaba me contara todo desde el principio.

Entonces Ireneo Morris me relató su misteriosa historia.

Hasta el 23 de junio pasado había sido probador de los aeroplanos del ejército. Primero cumplió esas funciones en la fábrica militar de Córdoba; últimamente había conseguido que lo trasladaran a la base de El Palomar.

Me dio su palabra de que él, como probador, era una persona importante. Había hecho más vuelos de ensayo que cualquier aviador americano (sur y centro). Su resistencia era extraordinaria.

Tanto había repetido esos vuelos de prueba, que, automáticamente, inevitablemente, llegó a ejecutar uno solo.

<sup>21</sup> *Impedimenta* son los bagajes que acarrea un ejército o un viajero. En este texto, Servian usa esta palabra en referencia al equipo y los ritos utilizados para cebar mate.

<sup>22</sup> *David Lloyd George* (1863-1945) fue un político británico, perteneciente a una familia galesa, quien ejerció la función de Primer Ministro desde 1916 hasta 1922. Su gobierno tuvo lugar durante la última etapa de la Primera Guerra Mundial y los primeros años de la posguerra.

<sup>23</sup> *William Morris* (1834-1896) fue un artista, escritor y activista político británico. Contribuyó a la renovación de las artes decorativas y del libro ilustrado. Escribió ensayos y novelas de ideología socialista.

Sacó del bolsillo una libreta y en una hoja en blanco trazó una serie de líneas en zigzag; escrupulosamente anotó números (distancias, alturas, graduación de ángulos); después arrancó la hoja y me la obsequió. Me apresuré a agradecerle. Declaró que yo poseía “el esquema clásico de sus pruebas”.

Alrededor del 15 de junio le comunicaron que en esos días probaría un nuevo Breguet —el 309— monoplaça, de combate. Se trataba de un aparato construido según una patente francesa de hacía dos o tres años y el ensayo se cumpliría con bastante secreto. Morris se fue a su casa, tomó una libreta de apuntes —“como lo había hecho hoy”—, dibujó el esquema —“el mismo que yo tenía en el bolsillo”—. Después se entretuvo en complicarlo; después —“en ese mismo escritorio donde nosotros departíamos amigablemente”— imaginó esos agregados, los grabó en la memoria.

El 23 de junio, alba de una hermosa y terrible aventura, fue un día gris, lluvioso. Cuando Morris llegó al aeródromo, el aparato estaba en el hangar. Tuvo que esperar que lo sacaran. Caminó, para no enfermarse de frío; consiguió que se le empaparan los pies. Finalmente, apareció el Breguet. Era un monoplaço<sup>24</sup> de alas bajas, “nada del otro mundo, te aseguro”. Lo inspeccionó someramente. Morris me miró en los ojos y en voz baja me comunicó: “El asiento era estrecho, notablemente incómodo”. Recordó que el indicador de combustible marcaba “lleno” y que en las alas el Breguet no tenía ninguna insignia. Dijo que saludó con la mano y que en seguida el ademán le pareció falso. Corrió unos quinientos metros y despegó. Empezó a cumplir lo que él llamaba su “nuevo esquema de prueba”.

Era el probador más resistente de la República. Pura resistencia física, me aseguró. Estaba dispuesto a contarme la verdad. Aunque yo no podía creerlo, de pronto se le nubló la vista. Aquí Morris habló mucho; llegó a exaltarse; por mi parte, olvidé el

<sup>24</sup> Un avión *monoplaço* es el que posee un solo plano de sustentación.

“compadrito”<sup>25</sup> peinado que tenía enfrente; seguí el relato: poco después de emprender los ejercicios nuevos sintió que la vista se le nublabá, se oyó decir “qué vergüenza, voy a perder el conocimiento”, embistió una vasta mole oscura (quizás una nube), tuvo una visión efímera y feliz, como la visión de un radiante paraíso... Apenas consiguió enderezar el aeroplano cuando estaba por tocar el campo de aterrizaje.

Volvió en sí. Estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Zumbó un moscardón; durante algunos segundos creyó que dormía la siesta, en el campo. Después supo que estaba herido; que estaba detenido; que estaba en el Hospital Militar. Nada de esto le sorprendió, pero todavía tardó un rato en recordar el accidente. Al recordarlo tuvo la verdadera sorpresa: no comprendía cómo había perdido el conocimiento. Sin embargo, no lo perdió una sola vez... De esto hablaré más adelante.

La persona que lo acompañaba era una mujer. La miró. Era una enfermera.

Dogmático<sup>26</sup> y discriminativo, habló de mujeres en general. Fue desagradable. Dijo que había un tipo de mujer, y hasta una mujer determinada y única, para el animal que hay en el centro de cada hombre; y agregó algo en el sentido de que era un infortunio encontrarla, porque el hombre siente lo decisiva que es para su destino y la trata con temor y con torpeza, preparándose un futuro de ansiedad y de monótona frustración. Afirmó que, para el hombre “como es debido”, entre las demás mujeres no habrá diferencias notables ni peligros. Le pregunté si la enfermera correspondía a su tipo. Me respondió que no, y aclaró: “Es una mujer plácida y maternal, pero bastante linda”.

<sup>25</sup> Un *compadrito* era un tipo humano popular, pendenciero, personaje privilegiado de las letras de tango. Asociado al peinado de Ireneo, aporta indicios sobre el carácter de este personaje. Recordémos que Servian caracteriza a Ireneo como un hijo del país, un típico sudamericano, y dice que la ascendencia galesa ha desaparecido con su padre.

<sup>26</sup> *Dogmático* significa, en el texto, *inflexible*.

Continuó su relato. Entraron unos oficiales (precisó las jerarquías). Un soldado trajo una mesa y una silla; se fue, y volvió con una máquina de escribir. Se sentó frente a la máquina, y escribió en silencio. Cuando el soldado se detuvo, un oficial interrogó a Morris:

—¿Su nombre?

No le sorprendió esta pregunta. Pensó: “mero formulismo”. Dijo su nombre, y tuvo el primer signo del horrible complot que inexplicablemente lo envolvía. Todos los oficiales rieron. Él nunca había imaginado que su nombre fuera ridículo. Se enfureció. Otro de los oficiales dijo:

—Podía inventar algo menos increíble. —Ordenó al soldado de la máquina—: Escriba, no más.

—¿Nacionalidad?

—Argentino —afirmó sin vacilaciones.

—¿Pertenece al ejército?

Tuvo una ironía:

—Yo soy el del accidente, y ustedes parecen los golpeados.

Se rieron un poco (entre ellos, como si Morris estuviera ausente).

Continuó:

—Pertenezco al ejército, con grado de capitán, regimiento 7, escuadrilla novena.

—¿Con base en Montevideo? —preguntó sarcásticamente uno de los oficiales.

—En Palomar —respondió Morris. Dio su domicilio: Bolívar 971. Los oficiales se retiraron.

Volvieron al día siguiente, éstos y otros. Cuando comprendió que dudaban de su nacionalidad, o que simulaban dudar, quiso levantarse de la cama, pelearlos. La herida y la tierna presión de la enfermera lo contuvieron. Los oficiales volvieron a la tarde del otro día, a la mañana del siguiente.

Hacía un calor tremendo; le dolía todo el cuerpo; me confesó que hubiera declarado cualquier cosa para que lo dejaran en paz.

¿Qué se proponían? ¿Por qué ignoraban quién era? ¿Por qué lo insultaban, por qué simulaban que no era argentino? Estaba perplejo y enfurecido. Una noche la enfermera lo tomó de la mano y le dijo que no se defendía juiciosamente. Respondió que no tenía de qué defenderse. Pasó la noche despierto, entre accesos de cólera, momentos en que estaba decidido a encarar con tranquilidad la situación, y violentas reacciones en que se negaba a “entrar en ese juego absurdo”. A la mañana quiso pedir disculpas a la enfermera por el modo con que la había tratado; comprendía que la intención de ella era benévola, “y no es fea, me entendés”; pero como no sabía pedir disculpas, le preguntó irritadamente qué le aconsejaba. La enfermera le aconsejó que llamara a declarar a alguna persona de responsabilidad.

Cuando vinieron los oficiales dijo que era amigo del teniente Kramer y del teniente Viera, del capitán Faverio, de los tenientes coroneles Margaride y Navarro.

A eso de las cinco apareció con los oficiales el teniente Kramer, su amigo de toda la vida. Morris dijo con vergüenza que “después de una conmoción, el hombre no es el mismo” y que al ver a Kramer sintió lágrimas en los ojos. Reconoció que se incorporó en la cama y abrió los brazos cuando lo vio entrar. Le gritó:

—Vení, hermano.

Kramer se detuvo y lo miró impávidamente. Un oficial le preguntó:

—Teniente Kramer, ¿conoce usted al sujeto?

La voz era insidiosa. Morris dice que esperó —esperó que el teniente Kramer, con una súbita exclamación cordial, revelara su actitud como parte de una broma— ... Kramer contestó con demasiado calor, como si temiera no ser creído:

—Nunca lo he visto. Mi palabra que nunca lo he visto.

Le creyeron inmediatamente, y la tensión que durante unos segundos hubo entre ellos desapareció. Se alejaron:

Morris oyó las risas de los oficiales, y la risa franca de Kramer, y la voz de un oficial que repetía: “A mí no me sorprende, créame que no me sorprende. Tiene un descaró.”

Con Viera y con Margaride la escena volvió a repetirse en lo esencial. Hubo mayor violencia. Un libro —uno de los libros que yo le habría enviado— estaba debajo de las sábanas, al alcance de su mano y alcanzó el rostro de Viera cuando éste simuló que no se conocían. Morris dio una descripción circunstanciada que no creo íntegramente. Aclaro: no dudo de su coraje; sí de su velocidad epigramática<sup>27</sup>. Los oficiales opinaron que no era indispensable llamar a Faverio, que estaba en Mendoza. Imaginó entonces tener una inspiración; pensó que si las amenazas convertían en traidores a los jóvenes, fracasarían ante el general Huet, antiguo amigo de su casa, que siempre había sido con él como un padre, o, más bien, como un rectísimo padrastro.

Le contestaron secamente que no había, que nunca hubo, un general de nombre tan ridículo en el ejército argentino. Morris no tenía miedo; tal vez si hubiera conocido el miedo se hubiera defendido mejor. Afortunadamente, le interesaban las mujeres, “y usted sabe cómo les gusta agrandar los peligros y lo cavilosas que son”. La otra vez la enfermera le había tomado la mano para convencerlo del peligro que lo amenazaba; ahora Morris la miró en los ojos y le preguntó el significado de la confabulación que había contra él. La enfermera repitió lo que había oído: su afirmación de que el 23 había probado el Breguet en El Palomar era falsa; en El Palomar nadie había probado aeroplanos esa tarde. El Breguet era de un tipo recientemente adoptado por el ejército argentino; pero su numeración no correspondía a la de ningún aeroplano del ejército argentino. “¿Me creen espía?”,

<sup>27</sup> Un epigrama es una composición poética breve en la cual, con precisión y agudeza, se expresa un solo pensamiento principal, por lo común satírico. El uso del adjetivo epigramático, aquí, significa “breve”, aludiendo a la poca capacidad de síntesis de Morris.

preguntó con incredulidad. Sintió que volvía a enfurecerse. Tímidamente, la enfermera respondió: "Creen que ha venido de algún país hermano". Morris le juró como argentino que era argentino, que no era espía; ella pareció emocionada, y continuó en el mismo tono de voz: "El uniforme es igual al nuestro; pero han descubierto que las costuras son diferentes". Agregó: "Un detalle imperdonable", y Morris comprendió que ella tampoco le creía. Sintió que se ahogaba de rabia, y, para disimular, la besó en la boca y la abrazó.

A los pocos días la enfermera le comunicó: "Se ha comprobado que diste un domicilio falso". Morris protestó inútilmente; la mujer estaba documentada: el ocupante de la casa era el señor Carlos Grimaldi. Morris tuvo la sensación del recuerdo, de la amnesia. Le pareció que ese nombre estaba vinculado a alguna experiencia pasada; no pudo precisarla.

La enfermera le aseguró que su caso había determinado la formación de dos grupos antagónicos: el de los que sostenían que era extranjero y el de los que sostenían que era argentino. Más claramente: unos querían desterrarlo; otros fusilarlo.

—Con tu insistencia de que sos argentino —dijo la mujer— ayudás a los que reclaman tu muerte.

Morris le confesó que por primera vez había sentido en su patria "el desamparo que sienten los que visitan otros países". Pero seguía no temiendo nada.

La mujer lloró tanto que él, por fin, le prometió acceder a lo que pidiera. "Aunque te parezca ridículo, me gustaba verla contenta". La mujer le pidió que "reconociera" que no era argentino. "Fue un golpe terrible, como si me dieran una ducha. Le prometí complacerla, sin ninguna intención de cumplir la promesa". Opuso dificultades:

—Digo que soy de tal país. Al día siguiente contestan de ese país que mi declaración es falsa.

—No importa —afirmó la enfermera—. Ningún país va a reconocer que manda espías. Pero con esa declaración y algunas influencias que yo mueva, tal vez triunfen los partidarios del destierro, si no es demasiado tarde.

Al otro día un oficial fue a tomarle declaración. Estaban solos; el hombre le dijo:

—Es un asunto resuelto. Dentro de una semana firman la sentencia de muerte.

Morris me explicó:

—No me quedaba nada que perder... "Para ver lo sucedía", le dijo al oficial: —Confieso que soy uruguayo.

A la tarde confesó la enfermera: le dijo a Morris que todo había sido una estratagema; que había temido que no cumpliría su promesa; el oficial era amigo y llevaba instrucciones para hacerle la declaración. Morris comentó brevemente:

—Si era otra mujer, la azoto.

Su declaración no había llegado a tiempo; la situación empeoraba. Según la enfermera, la única esperanza estaba en un señor que ella conocía y cuya identidad no podía revelar. Este señor quería verlo antes de interceder en su favor.

—Me dijo francamente —aseguró Morris—: trató de evitar la entrevista. Temía que yo causara mala impresión. Pero el señor quería verme y era la última esperanza que nos quedaba. Me recomendó no ser intransigente.

—El señor no vendrá al hospital —dijo la enfermera.

—Entonces no hay nada que hacer —respondió Morris, con alivio.

La enfermera siguió:

—La primera noche que tengamos centinelas de confianza, vas a verlo. Ya estás bien; irás solo.

Se sacó un anillo del dedo anular y se lo entregó.

"Lo calcé en el dedo meñique. Es una piedra, un vidrio o un brillante con la cabeza de un caballo en el fondo. Debía llevarlo

con la piedra hacia el interior de la mano, y los centinelas me dejarían entrar y salir como si no me vieran”.

La enfermera le dio instrucciones. Saldría a las doce y media y debía volver antes de las tres y cuarto de la madrugada. La enfermera le escribió en un papelito la dirección del señor.

—¿Tenés el papel? —le pregunté.

—Sí, creo que sí —respondió, y lo buscó en su billetera

Me lo entregó displicentemente.

Era un papelito azul; la dirección —Márquez 6890— estaba escrita con letra femenina y firme (del *Sacré-Coeur* declaró Morris, con inesperada erudición)<sup>28</sup>.

—¿Cómo se llama la enfermera? —inquirí por simple curiosidad.

Morris pareció incómodo. Finalmente, dijo:

—La llamaban Idibal. Ignoro si es nombre o apellido. Continuó su relato:

Llegó la noche fijada para la salida. Idibal no apareció. Él no sabía qué hacer. A las doce y media resolvió salir. Le pareció inútil mostrar el anillo al centinela que estaba en la puerta de su cuarto. El hombre levantó la bayoneta. Morris mostró el anillo; salió libremente. Se recostó contra una puerta: a lo lejos, en el fondo del corredor, había visto a un cabo. Después, siguiendo indicaciones de Idibal, bajó por una escalera de servicio y llegó a la puerta de calle. Mostró el anillo y salió.

Tomó un taxímetro, dio la dirección apuntada en el papel. Anduvieron más de media hora; rodearon por Juan B. Justo y Gaona los talleres del FCO<sup>29</sup> y tomaron una calle arbolada hacia el límite de la ciudad; después de cinco o seis cuadras se detuvieron ante una iglesia que emergía, copiosa de columnas y de cúpulas, entre las casas bajas del barrio, blanca en la noche.

<sup>28</sup> Morris hace referencia a la caligrafía trabajada en los colegios de monjas, como el Sagrado Corazón (*Sacré-Coeur*, en francés).

<sup>29</sup> Ferrocarril Oeste.

Creyó que había un error; miró el número en el papel: era el de la iglesia.

—¿Debías esperar afuera o adentro? —interrogué.

El detalle no le incumbía; entró. No vio a nadie. Le pregunté cómo era la iglesia. Igual a todas, contestó. Después supe que estuvo un rato junto a una fuente con peces, en la que caían tres chorros de agua.

Apareció “un cura de esos que se visten de hombres, como los del Ejército de Salvación”<sup>30</sup>, y le preguntó si buscaba a alguien. Dijo que no. El cura se fue; al rato volvió a pasar. Estas venidas se repitieron tres o cuatro veces. Aseguró Morris que era admirable la curiosidad del sujeto, y que él ya iba a interpelarlo; pero que el otro le preguntó si tenía “el anillo del convivio”.<sup>31</sup>

—¿El anillo del qué? —preguntó Morris. Y continuó explicándome:— Imagínate, ¿cómo se me iba a ocurrir que hablaba del anillo que me dio Idibal?

El hombre le miró curiosamente las manos, y le ordenó:— Muéstrame ese anillo.

Morris tuvo un movimiento de repulsión; después mostró el anillo.

El hombre lo llevó a la sacristía y le pidió que le explicara el asunto. Oyó el relato con aquiescencia<sup>32</sup>; Morris aclara:

“Como una explicación más o menos hábil, pero falsa; seguro de que no pretendería engañarlo, de que él oíría, finalmente, la explicación verdadera, mi confesión”.

Cuando se convenció de que Morris no hablaría más, se irritó y quiso terminar la entrevista. Dijo que trataría de hacer algo por él.

<sup>30</sup> El *Ejército de Salvación* es un grupo fundado por el pastor metodista inglés Guillermo Booth, en 1878. Se dedican a obras de caridad y la conversión de pecadores. Adoptan nombres y uniformes militares para designar su jerarquía.

<sup>31</sup> La palabra *convivio* se usa en esta historia con la idea de una reunión de personas asociadas por un propósito común; casi con el sentido de secta.

<sup>32</sup> *Aquiescencia* significa consentimiento, conformidad.

Al salir, Morris buscó Rivadavia. Se encontró frente a dos torres que parecían la entrada de un castillo o de una ciudad antigua; realmente eran la entrada de un hueco, interminable en la oscuridad. Tuvo la impresión de estar en un Buenos Aires sobrenatural y siniestro. Caminó unas cuadras; se cansó; llegó a Rivadavia, tomó un taxímetro y le dio la dirección de su casa: Bolívar 971.

Se bajó en Independencia y Bolívar; caminó hasta la puerta de la casa. No eran todavía las dos de la mañana. Le quedaba tiempo.

Quiso poner la llave en la cerradura; no pudo. Apretó el timbre. No le abrían; pasaron diez minutos. Se indignó de que la sirvienta aprovechara su ausencia —su desgracia— para dormir afuera. Apretó el timbre con toda su fuerza. Oyó ruidos que parecían venir de muy lejos; después, una serie de golpes —uno seco, otro fugaz— rítmicos, crecientes. Apareció, enorme en la sombra, una figura humana. Morris se bajó el ala del sombrero y retrocedió hasta la parte menos iluminada del zaguán. Reconoció inmediatamente a ese hombre soñoliento y furioso y tuvo la impresión de ser él quien estaba soñando. Se dijo: Sí, el rengo Grimaldi, Carlos Grimaldi. Ahora recordaba el nombre. Ahora, increíblemente, estaba frente al inquilino que ocupaba la casa cuando su padre la compró, hacía más de quince años.

Grimaldi irrumpió: —¿Qué quiere?

Morris recordó el astuto empecinamiento del hombre en quedarse en la casa y las infructuosas indignaciones de su padre, que decía “lo voy a sacar con el carrito de la Municipalidad”, y le mandaba regalos para que se fuera.

—¿Está la señorita Carmen Soares? —preguntó “ganando tiempo”.

Grimaldi blasfemó<sup>33</sup>, dio un portazo, apagó la luz. En la oscuridad, Morris oyó alejarse los pasos alternados; después, en una conmoción de vidrios y de hierros, pasó un tranvía;

después se restableció el silencio. Morris pensó triunfalmente: “No me ha reconocido”.

En seguida sintió vergüenza, sorpresa, indignación. Resolvió romper la puerta a puntapiés y sacar al intruso. Como si estuviera borracho, dijo en voz alta: “Voy a levantar una denuncia en la seccional”. Se preguntó qué significaba esa ofensiva múltiple y envolvente que sus compañeros habían lanzado contra él. Decidió consultarme.

Si me encontrara en casa, tendría tiempo de explicarme los hechos. Subió a un taxímetro, y ordenó al *chauffeur*<sup>34</sup> que lo llevara al pasaje Owen<sup>35</sup>. El hombre lo ignoraba. Morris le preguntó de mal modo para qué daban exámenes. Abominó de todo: de la policía, que deja que nuestras casas se llenen de intrusos; de los extranjeros, que nos cambian el país y nunca aprenden a manejar. El *chauffeur* le propuso que tomara otro taxímetro. Morris le ordenó que tomara Vélez Sársfield hasta cruzar las vías.

Se detuvieron en las barreras; interminables trenes grises hacían maniobras. Morris ordenó que rodeara por Toll la estación Solá. Bajó en Australia y Luzuriaga.<sup>36</sup> El *chauffeur* le dijo que le pagara; que no podía esperarlo; que no existía tal pasaje. No le contestó; caminó con seguridad por Luzuriaga hacia el sur. El *chauffeur* lo siguió con el automóvil, insultándolo estrepitosamente. Morris pensó que si aparecía un vigilante, el *chauffeur* y él dormirían en la comisaría.

—Además —le dije— descubrirían que te habías fugado del hospital. La enfermera y los que te ayudaron tal vez se verían en un compromiso.

<sup>34</sup> *Chauffeur* es una palabra en francés que significa chofer. Aparece en el texto en cursiva por ser palabra en lengua extranjera.

<sup>35</sup> El pasaje Owen, de una sola cuadra, se encuentra en el barrio de Barracas, entre el pasaje Rochdale y Luzuriaga.

<sup>36</sup> Las calles Luzuriaga, Australia, Toll, Rochdale, Alvarado y la avenida Vélez Sársfield, por donde circula Morris buscando el pasaje Owen, pertenecen al barrio de Barracas. También se ubicaban allí la estación de trenes Solá y la playa de maniobras.

<sup>33</sup> *Blasfemar* es maldecir.

—Eso me tenía sin inquietud —respondió Morris, y continuó el relato.

Caminó una cuadra y no encontró el pasaje. Caminó otra cuadra, y otra. El *chauffeur* seguía protestando; la voz era más baja, el tono más sarcástico. Morris volvió sobre sus pasos, dobló por Alvarado; ahí estaba el Parque Pereyra<sup>37</sup>, la calle Rochdale. Tomó Rochdale; a mitad de cuadra, a la derecha, debían interrumpirse las casas, y dejar lugar al pasaje Owen. Morris sintió como la antelación de un vértigo. Las casas no se interrumpieron; se encontró en Australia. Vio en lo alto, con un fondo de nubes nocturnas, el tanque de la Internacional, en Luzuriaga; en frente debía estar el pasaje Owen; no estaba.

Miró la hora; le quedaban apenas veinte minutos.

Caminó rápidamente. Muy pronto se detuvo. Estaba, con los pies hundidos en un espeso fango resbaladizo, ante una lúgubre serie de casas iguales, perdido. Quiso volver al Parque Pereyra; no lo encontró. Temía que el *chauffeur* descubriera que se había perdido. Vio a un hombre; le preguntó dónde estaba el pasaje Owen. El hombre no era del barrio. Morris siguió caminando, exasperado. Apareció otro hombre. Morris caminó hacia él; rápidamente, el *chauffeur* se bajó del automóvil y también corrió. Morris y el *chauffeur* le preguntaron a gritos si sabía dónde quedaba el pasaje Owen. El hombre parecía asustado, como si creyera que lo asaltaban. Respondió que nunca oyó nombrar ese pasaje; iba a decir algo más, pero Morris lo miró amenazadoramente.

Eran las tres y cuarto de la madrugada. Morris le dijo al *chauffeur* que lo llevara a Caseros y Entre Ríos.

En el hospital había otro centinela. Pasó dos o tres veces frente a la puerta, sin atreverse a entrar. Se resolvió a probar la suerte; mostró el anillo. El centinela no lo detuvo.

<sup>37</sup> El parque Leonardo Pereyra se encuentra ubicado entre Alvarado, Río Cuarto, Luzuriaga y Vélez Sársfield.

La enfermera apareció al final de la tarde siguiente. Le dijo:

—La impresión que le causaste al señor de la iglesia no es favorable. Tuvo que aprobar tu disimulo: su eterna prédica a los miembros del convivio. Pero tu falta de confianza en su persona, lo ofendió.

Dudaba de que el señor se interesara verdaderamente en favor de Morris.

La situación había empeorado. Las esperanzas de hacerlo pasar por extranjero habían desaparecido, su vida estaba en inmediato peligro.

Escribió una minuciosa relación de los hechos y me la envió. Después quiso justificarse: dijo que la preocupación de la mujer lo molestaba. Tal vez él mismo empezaba a preocuparse.

Idibal visitó de nuevo al señor; consiguió, como un favor hacia ella —“no hacia el desagradable espía”— la promesa de que “las mejores influencias intervendrían activamente en el asunto”. El plan era que obligaran a Morris a intentar una reproducción realista del hecho; vale decir: que le dieran un aeroplano y le permitieran reproducir la prueba que, según, él, había cumplido el día del accidente.

Las mejores influencias prevalecieron, pero el avión de la prueba sería de dos plazas. Esto significaba una dificultad para la segunda parte del plan: la fuga de Morris al Uruguay. Morris dijo que él sabría disponer del acompañante. Las influencias insistieron en que el aeroplano fuera un monoplano idéntico al del accidente.

Idibal, después de una semana en que lo abrumó con esperanzas y con ansiedades, llegó radiante y declaró que todo se había conseguido. La fecha de la prueba se había fijado para el viernes próximo (faltaban cinco días). Volaría solo.

La mujer lo miró ansiosamente Y le dijo:

—Te espero en la Colonia<sup>38</sup>. En cuanto “despegues”, enfilás al Uruguay. ¿Lo prometés?

Lo prometió. Se dio vuelta en la cama y simuló dormir.

Comentó: “Me parecía que me llevaba de la mano al casamiento y eso me daba rabia”. Ignoraba que se despedían. Como estaba restablecido, a la mañana siguiente lo llevaron al cuartel.

—Esos días fueron bravos —comentó—. Los pasé en una pieza de dos por dos, mateando y truqueando de lo lindo con los centinelas.

—Si vos no jugás al truco —le dije.

Fue una brusca inspiración. Naturalmente, yo no sabía si jugaba o no.

—Bueno: poné cualquier juego de naipes —respondió sin inquietarse.

Yo estaba asombrado. Había creído que la casualidad, o las circunstancias, habían hecho de Morris un arquetipo; jamás creí que fuera un artista del color local.

Continuó:

—Me crearás un infeliz, pero yo me pasaba las horas pensando en la mujer. Estaba tan loco que llegué a creer que la había olvidado...

Lo interpreté: —¿Tratabas de imaginar su cara y no podías?

—¿Cómo adivinaste? —No aguardó mi contestación.

Continuó el relato: Una mañana lluviosa lo sacaron en un pretérito<sup>39</sup> doble faetón<sup>40</sup>. En El Palomar lo esperaba una solemne comitiva de militares y de funcionarios. “Parecía un duelo —dijo Morris—, un duelo o una ejecución”. Dos o tres mecánicos abrieron el hangar y empujaron hacia afuera un Dewotine de caza, “un serio competidor del doble-faetón, créeme”.

<sup>38</sup> Idibal hace referencia a la ciudad de Colonia del Sacramento, en Uruguay.

<sup>39</sup> Pretérito en este caso significa antiguo.

<sup>40</sup> Un *doble faetón* es un auto de cuatro ruedas, alto, ligero y descubierto, con dos filas de dos asientos paralelos.

Lo puso en marcha; vio que no había nafta para diez minutos de vuelo; llegar al Uruguay era imposible. Tuvo un momento de tristeza; melancólicamente, se dijo que tal vez fuera mejor morir que vivir como un esclavo. Había fracasado la estratagema; salir a volar era inútil; tuvo ganas de llamar a esa gente y decirles: “Señores, esto se acabó”. Por apatía dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Decidió ejecutar otra vez su nuevo esquema de prueba.

Corrió unos quinientos metros y despegó. Cumplió regularmente la primera parte del ejercicio, pero al emprender las operaciones nuevas volvió a sentirse mareado, a perder el conocimiento, a oírse una avergonzada queja por estar perdiendo el conocimiento. Sobre el campo de aterrizaje, logró enderezar el aeroplano.

Cuando volvió en sí estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Comprendió que estaba herido, que estaba detenido, que estaba en el Hospital Militar. Se preguntó si todo no era una alucinación.

Completé su pensamiento.

—Una alucinación que tenías en el instante de despertar. Supo que la caída ocurrió el 31 de agosto. Perdió la noción de tiempo. Pasaron tres o cuatro días. Se alegró de que Idibal estuviera en la Colonia; este nuevo accidente lo avergonzaba; además, la mujer le reprocharía no haber planeado hasta el Uruguay.

Reflexionó: “Cuando se entere del accidente, volverá. Habrá que esperar dos o tres días”.

Lo atendía una nueva enfermera. Pasaban las tardes tomados de la mano.

Idibal no volvía. Morris empezó a inquietarse. Una noche tuvo gran ansiedad. “Me crearás loco —me dijo—. Estaba con ganas de verla. Pensé que había vuelto, que sabía la historia de la otra enfermera y que por eso no quería verme”.

Le pidió a un practicante que llamara a Idibal. El hombre no volvía. Mucho después (pero esa misma noche; a Morris le parecía increíble que una noche durara tanto) volvió; el jefe le había dicho que en el hospital no trabajaba ninguna persona de ese nombre. Morris le ordenó que averiguara cuándo había dejado el empleo. El practicante volvió a la madrugada y le dijo que el jefe de personal ya se había retirado.

Soñaba con Idibal. De día la imaginaba. Empezó a soñar que no podía encontrarla. Finalmente, no podía imaginarla ni soñar con ella.

Le dijeron que ninguna persona llamada Idibal “trabajaba ni había trabajado en el establecimiento”.

La nueva enfermera le aconsejó que leyera. Le trajeron los diarios. Ni la sección “Al margen de los deportes y el *turf*”<sup>41</sup> le interesaba. “Me dio la loca y pedí los libros que me mandaste”. Le respondieron que nadie le había mandado libros.

(Estuve a punto de cometer una imprudencia; de reconocer que yo no le había mandado nada.)

Pensó que se había descubierto el plan de la fuga y la participación de Idibal; por eso Idibal no aparecía. Se miró las manos: el anillo no estaba. Lo pidió. Le dijeron que era tarde, que la intendenta se había retirado. Pasó una noche atroz y vastísima, pensando que nunca le traerían el anillo...

—Pensando —agregué— que si no te devolvían el anillo no quedaría ningún rastro de Idibal.

—No pensé en eso —afirmó honestamente—. Pero pasé la noche como un desequilibrado. Al otro día me trajeron el anillo.

—¿Lo tenés? —le pregunté con una incredulidad que me asombró a mí mismo.

—Sí —respondió—. En lugar seguro.

Abrió un cajón lateral del escritorio y sacó un anillo. La piedra del anillo tenía una vívida transparencia; no brillaba mucho. En el fondo había un altorrelieve en colores: un busto humano, femenino, con cabeza de caballo; sospeché que se trataba de la efigie de alguna divinidad antigua. Aunque no soy un experto en la materia, me atrevo a afirmar que ese anillo era una pieza de valor.

Una mañana entraron en su cuarto unos oficiales con un soldado que traía una mesa. El soldado dejó la mesa y se fue. Volvió con una máquina de escribir; la colocó sobre la mesa, acercó una silla y se sentó frente a la máquina. Empezó a escribir. Un oficial dictó: Nombre: Ireneo Morris; nacionalidad: argentina; regimiento: tercero; escuadrilla: novena; base: El Palomar.

Le pareció natural que pasaran por alto esas formalidades, que no le preguntaran el nombre; ésta era una segunda declaración; “sin embargo —me dijo— se notaba algún progreso”; ahora aceptaban que fuera argentino, que perteneciera a su regimiento, a su escuadrilla, al Palomar. La cordura duró poco. Le preguntaron cuál fue su paradero desde el 23 de junio (fecha de la primera prueba); dónde había dejado el Breguet 304 (“El número no era 304 —aclaró Morris—. Era 309”; este error inútil lo asombró); de dónde sacó ese viejo Dewotine... Cuando dijo que el Breguet estaría por ahí cerca, ya que la caída del 23 ocurrió en El Palomar, y que sabrían de dónde salía el Dewotine, ya que ellos mismos se lo habían dado para reproducir la prueba del 23, simularon no creerle.

Pero ya no disimulaban que era un desconocido ni que era un espía. Lo acusaban de haber estado en otro país desde el 23 de junio; lo acusaban —comprendió con renovado furor— de haber vendido a otro país un arma secreta. La indescifrable conjuración<sup>42</sup> continuaba; pero los acusadores habían cambiado el plan de ataque.

<sup>41</sup> Las noticias del *turf* se refieren a las carreras de caballos.

<sup>42</sup> Conjuración significa *confabulación*.

Gesticulante y cordial, apareció el teniente Viera. Morris lo insultó. Viera simuló una gran sorpresa; finalmente declaró que tendrían que batirse.

—Pensé que la situación había mejorado —dijo—. Los traidores volvían a poner cara de amigos.

Lo visitó el general Huet. El mismo Kramer lo visitó. Morris estaba distraído y no tuvo tiempo de reaccionar. Kramer le gritó: “no creo una palabra de las acusaciones, hermano”. Se abrazaron, efusivos. Algún día —pensó Morris— aclararía el asunto. Le pidió a Kramer que me viera.

Me atreví a preguntar:

—Decime una cosa, Morris, ¿te acordás qué libros te mandé?

—El título no lo recuerdo —sentenció gravemente—. En tu nota está consignado.

Yo no le había escrito ninguna nota. Lo ayudé a caminar hasta el dormitorio. Sacó del cajón de la mesa de luz una hoja de papel de carta (de un papel de carta que no reconocí). Me la entregó:

La letra parecía una mala imitación de la mía; mis T y E mayúsculas remedan las de imprenta; éstas eran “inglesas”<sup>43</sup>.

Leí:

“Acuso recibo de su atenta del 16, que me ha llegado con algún atraso, debido, sin duda, a un sugerente error en la dirección. Yo no vivo en el pasaje ‘Owen’, sino en la calle Miranda, en el barrio Nazca<sup>44</sup>. Le aseguro que he leído su relación con mucho interés. Por ahora no puedo visitarlo; estoy enfermo; pero me cuidan solícitas manos femeninas y dentro de poco me repondré; entonces tendré el gusto de verlo”.

“Le envió, como símbolo de comprensión, estos libros de Blanqui, y le recomiendo leer, en el tomo tercero, el poema que empieza en la página 281”.

Me despedí de Morris. Le prometí volver la semana siguiente. El asunto me interesaba y me dejaba perplejo. No dudaba de la buena fe de Morris; pero yo no le había escrito esa carta; yo nunca le había mandado libros; yo no conocía las obras de Blanqui.

Sobre “mi carta” debo hacer algunas observaciones: 1) Su autor no tutea a Morris; felizmente, Morris es poco diestro en asuntos de letras: no advirtió el “cambio” de tratamiento y no se ofendió conmigo, yo siempre lo he tuteado; 2) Juro que soy inocente de la frase “Acuso recibo de su atenta”<sup>45</sup>; 3) En cuanto a escribir Owen entre comillas, me asombra y lo propongo a la atención del lector.

Mi ignorancia de las obras de Blanqui se debe, quizá, al plan de lectura. Desde muy joven he comprendido que para no dejarse arrasar por la inconsiderada producción de libros y para conseguir, siquiera en apariencia, una cultura enciclopédica, era imprescindible un plan de lecturas<sup>46</sup>. Este plan jalona<sup>47</sup> mi vida: una época estuvo ocupada por la filosofía, otra por la literatura francesa, otra por las ciencias naturales, otra por la antigua literatura celta y en especial la del país de Kimris<sup>48</sup> (debido a la influencia del padre de Morris). La medicina se ha intercalado en este plan, sin interrumpirlo nunca.

Pocos días antes de la visita del teniente Kramer a mi consultorio, yo había concluido con las ciencias ocultas. Había explorado las obras de Papus, de Richet, de Lhomond, de Stanislas de Guaita, de Labougle, del obispo de la Rochela, de Lodge, de Hogden, de Alberto el Grande.<sup>49</sup> Me interesaban especialmente los

<sup>45</sup> *Servian* destaca la vulgaridad de esta frase que no se corresponde con su estilo de redacción.

<sup>46</sup> No olvidemos que él ya se ha definido como un hombre metódico al comienzo del relato.

<sup>47</sup> Se usa la palabra *jalonar* en el sentido de dirigir.

<sup>48</sup> Se refiere al país de Gales, de donde provenían los ancestros de Morris.

<sup>49</sup> *Genard Encausse* (1865-1916), conocido como *Papus*, fue un médico francés que se dedicó a las ciencias ocultas.

*Charles Richet* (1850-1935) fue un médico francés, ganador del premio Nobel de fisiología y medicina en 1913. Introdujo en sus investigaciones el término *Metapsíquica*, precursora de la Parapsicología.

<sup>43</sup> La letra *inglesa* o *manuscrita* es un tipo caligráfico que imita la letra cursiva manuscrita.

<sup>44</sup> El *barrio Nazca* se ubica en Villa Santa Rita, al noroeste de la ciudad de Buenos Aires (a diferencia del pasaje Owen, al sur de la ciudad).

conjuntos, las apariciones y las desapariciones; con relación a estas últimas recordaré siempre el caso de sir Daniel Sludge Home<sup>50</sup>, quien, a instancias de la *Society for Psychical Research*<sup>51</sup>, de Londres, y ante una concurrencia compuesta exclusivamente de baronets<sup>52</sup>, intentó unos pases que se emplean para provocar la desaparición de fantasmas y murió en el acto. En cuanto a esos nuevos Elías<sup>53</sup>, que habrían desaparecido sin dejar rastros ni cadáveres, me permito dudar.

El “misterio” de la carta me incitó a leer las obras de Blanqui (autor que yo ignoraba). Lo encontré en la enciclopedia, y comprobé que había escrito sobre temas políticos. Esto me complació: inmediatas a las ciencias ocultas se hallan la política y la sociología. Mi plan observa tales transiciones para evitar que el espíritu se adormezca en largas tendencias.

Una madrugada, en la calle Corrientes, en una librería apenas atendida por un viejo borroso, encontré un polvoriento atado de

*Charles François Lhomond* (1727-1794) fue un gramático e historiador francés, autor de una historia compendiada de las religiones.

*Stanislas de Guaita* (1861-1897) fue un estudioso francés de la metafísica y la cábala. Una de las figuras más destacadas del esoterismo y del ocultismo europeo del siglo XIX.

*Jean Eugene Labougle* fue un pedagogo y filósofo francés que emigró a la Argentina a comienzos del siglo XIX. Formó parte del movimiento denominado por Alberdi “espiritualismo”, que dio lugar a un período espiritualista desde 1852 hasta 1890. Miembro de la logia masónica Consuelo del infortunio.

*Oliver Joseph Lodge* (1851-1940), físico inglés preocupado por el estudio de la electricidad. Fue autor, también, de obras espiritistas.

*Alberto el Grande* (1193-1206), sacerdote dominico alemán, investigador de la botánica y de la alquimia. Fue canonizado en 1931, convirtiéndose en San Alberto Magno.

<sup>50</sup> *Sir Daniel Dunglas Home* (1833-1886) fue un médium inglés, reconocido como uno de los más grandes espiritistas del siglo XIX.

<sup>51</sup> La *Society for Psychical Research* (Sociedad para la investigación de fenómenos psíquicos) fue fundada en Londres en 1882 y organizó oficialmente la Parapsicología como un campo de investigación estructurado.

<sup>52</sup> El *baronet* es un título de nobleza británico, situado entre el barón y el caballero.

<sup>53</sup> *Elías* fue un profeta cuya historia se narra en los libros primero y segundo de los Reyes, en la Biblia. Al final de su vida, un carro de fuego lo conduce al cielo, como Dios se lo había anunciado.

libros encuadernados en cuero pardo, con títulos y filetes dorados: las obras completas de Blanqui. Lo compré por quince pesos.

En la página 281 de mi edición no hay ninguna poesía.

Aunque no he leído íntegramente la obra, creo que el escrito aludido es “L’Éternité par les Astres<sup>54</sup>”, un poema en prosa; en mi edición comienza en la página 307, del segundo tomo.

En ese poema o ensayo encontré la explicación de la aventura de Morris.

Fui a Nazca; hablé con los comerciantes del barrio; en las dos cuadras que agotan la calle Miranda no vive ninguna persona de mi nombre.

Fui a Márquez; no hay número 6890; no hay iglesias; había —esa tarde— una poética luz, con el pasto de los potreros muy verde, muy claro y con los árboles lilas y transparentes. Además la calle no está cerca de los talleres del FCO. Está cerca del puente de la Noria.

Fui a los talleres del FCO. Tuve dificultades para rodearlos por Juan B. Justo y Gaona. Pregunté cómo salir del otro lado de los talleres. “Siga por Rivadavia —me dijeron— hasta Cuzco. Después cruce las vías.” Como era previsible, allí no existe ninguna calle Márquez; la calle que Morris denomina Márquez debe de ser Bynnon. Es verdad que ni en el número 6890 —ni en el resto de la calle— hay iglesias. Muy cerca, por Cuzco, está San Cayetano<sup>55</sup>; el hecho no tiene importancia: San Cayetano no es la iglesia del relato. La inexistencia de iglesias en la misma calle Bynnon no invalida mi hipótesis de que esa calle es la mencionada por Morris...

Pero esto se verá después.

Hallé también las torres que mi amigo creyó ver en un lugar despejado y solitario: son el pórtico del Club Atlético Vélez Sársfield, en Fragueiro y Barragán.

<sup>54</sup> El nombre del poema está en francés y significa “La eternidad por los astros”.

<sup>55</sup> Servian se encuentra en el barrio de Liniers.

No tuve que visitar especialmente el pasaje Owen: vivo en él. Cuando Morris se encontró perdido, sospecho que estaba frente a las casas lúgubrementemente iguales del barrio obrero Monseñor Espinosa, con los pies enterrados en el barro blanco de la calle Perdriel.<sup>56</sup>

Volví a visitar a Morris. Le pregunté si no recordaba haber pasado por una calle Hamílcar, o Haníbal, en su memorable recorrida nocturna. Afirmó que no conocía calles de esos nombres. Le pregunté si en la iglesia que él visitó había algún símbolo junto a la cruz. Se quedó en silencio, mirándome. Creía que yo no le hablaba en serio. Finalmente, me preguntó:

—¿Cómo querés que uno se fije en esas cosas?

Le di la razón.

—Sin embargo, sería importante ... —insistí— o traté de hacer memoria. Traté de recordar si junto a la cruz no había alguna figura.

—Tal vez —murmuró—, tal vez un...

—¿Un trapecio? —insinué.

—Sí, un trapecio —dijo sin convicción.

—¿Simple o cruzado por una línea?

—Verdad —exclamó—. ¿Cómo sabés? ¿Estuviste en la calle Márquez? Al principio no me acordaba nada... De pronto he visto el conjunto: la cruz y el trapecio; un trapecio cruzado por una línea con puntas dobladas.

Hablaba animadamente.

—¿Y te fijaste en alguna estatua de santos?

—Viejo —exclamó con reprimida impaciencia—. No me habías pedido que levantara el inventario.

Le dije que no se enojara. Cuando se calmó, le pedí que me mostrase el anillo y que me repitiese el nombre de la enfermera. Volví a casa, feliz. Oí ruidos en el cuarto de mi sobrina; pensé

que estaría ordenando sus cosas. Procuré que no descubriera mi presencia; no quería que me interrumpieran. Tomé el libro de Blanqui, me lo puse debajo del brazo y salí a la calle.

Me senté en un banco del Parque Pereyra. Una vez más leí el párrafo:

“Habrá infinitos mundos idénticos, infinitos mundos ligeramente variados, infinitos mundos diferentes. Lo que ahora escribo en este calabozo del fuerte del Toro, lo he escrito y lo escribiré durante la eternidad, en una mesa, en un papel, en un calabozo, enteramente parecidos. En infinitos mundos mi situación será la misma, pero tal vez la causa de mi encierro gradualmente pierda su nobleza, hasta ser sórdida<sup>57</sup>, y quizá mis líneas tengan, en otros mundos, la innegable superioridad de un adjetivo feliz”.

El 23 de junio Morris cayó con su Breguet en el Buenos Aires de un mundo casi igual a éste. El período confuso que siguió al accidente le impidió notar las primeras diferencias; para notar las otras se hubieran requerido una perspicacia y una educación que Morris no poseía.

Remontó vuelo una mañana gris y lluviosa; cayó en un día radiante. El moscardón, en el hospital, sugiere el verano; el “calor tremendo” que lo abrumó durante los interrogatorios, lo confirma.

Morris da en su relato algunas características diferenciales del mundo que visitó. Allí por ejemplo, falta el país de Gales: las calles con nombre galés no existen en ese Buenos Aires: Bynnon se convierte en Márquez, y Morris, por laberintos de la noche y de su propia ofuscación, busca en vano el pasaje Owen... Yo, y Viera, y Kramer, y Margaride, y Faverio, existimos allí porque nuestro origen no es galés; el general Huet y el mismo Ireneo Morris, ambos de ascendencia galesa, no existen (él penetró por accidente). El Carlos Alberto Servian de allá, en su carta, escribe entre comillas

<sup>56</sup> Ahora, siguiendo el recorrido de Morris en busca del pasaje Owen, habla del barrio porteño de Barracas.

<sup>57</sup> *Sórdido*, en este texto, significa *mezquino*.

la palabra "Owen", porque le parece extraña; por la misma razón, los oficiales rieron cuando Morris declaró su nombre.

Porque no existieron allí los Morris, en Bolívar 971 sigue viviendo el inamovible Grimaldi.

La relación de Morris revela, también, que en ese mundo Cartago<sup>58</sup> no desapareció. Cuando comprendí esto hice mis tontas preguntas sobre las calles Haníbal y Hamilcar.

Alguien preguntará cómo, si no desapareció Cartago, existe el idioma español. ¿Recordaré que entre la victoria y la aniquilación puede haber grados intermedios?

El anillo es una doble prueba que tengo en mi poder. Es una prueba de que Morris estuvo en otro mundo: ningún experto, de los muchos que he consultado, reconoció la piedra. Es una prueba de la existencia (en ese otro mundo) de Cartago: el caballo es un símbolo cartaginés. ¿Quién no ha visto anillos iguales en el museo de Lavigerie<sup>59</sup>?

Además —Iddibal, o Iddibal— el nombre de la enfermera, es cartaginés; la fuente con peces rituales y el trapecio cruzado son cartagineses; por último —*horresco referens*<sup>60</sup>— están los convivios o circuli, de memoria tan cartaginesa y funesta como el insaciable Moloch<sup>61</sup>...

<sup>58</sup> *Cartago* es una ciudad de África, fundada en 814 a.C. por colonos fenicios de Tiro, en una península cerca de la actual Túnez. Fue la capital de una república marítima muy poderosa. Combatió contra los griegos y fundó colonias en Sicilia y España. Sostuvo contra Roma largas luchas denominadas guerras púnicas y fue vencida por Escipión Emiliano, a pesar de los esfuerzos del general Aníbal, en 146 a.C. Fundada de nuevo como colonia romana en el siglo I a.C., se convirtió en la capital del África romana y del África cristiana.

<sup>59</sup> El cardenal Carlos Lavigerie fue el fundador de la Sociedad de los Misioneros de África en 1868. Propició excavaciones arqueológicas en Cartago y la creación de un museo.

<sup>60</sup> *Horresco referens* es una frase latina cuyo significado es "Me horrorizo al contarlo".

<sup>61</sup> *Moloch* era la divinidad mayor de los ammonitas y cartagineses. Se lo representaba con un enorme ídolo hueco de bronce, en cuyo interior, donde había un horno y una parrilla, se colocaban víctimas humanas vivas. Se dice que prefería el sacrificio de niños. Algunos estudiosos dicen que se denominaba *moloch* a este tipo de rituales, que entre los cartagineses eran ofrecidos al dios Baal Hammón.

Pero volvamos a la especulación tranquila. Me pregunto si yo compré las obras de Blanqui porque estaban citadas en la carta que me mostró Morris o porque las Historias de estos dos mundos son paralelas. Como allí los Morris no existen, las leyendas celtas no ocuparon parte del plan de lecturas; el otro Carlos Alberto Servian pudo adelantarse; pudo llegar antes que yo a las obras políticas.

Estoy orgulloso de él: con los pocos datos que tenía, aclaró la misteriosa aparición de Morris; para que Morris también la comprendiera, le recomendó "*L'Éternité par les Atres*". Me asombra, sin embargo, su jactancia de vivir en el bochornoso barrio Nazca y de ignorar el pasaje Owen.

Morris fue a ese otro mundo y regresó. No apeló a mi bala con resorte ni a los demás vehículos que se han ideado para surcar la increíble astronomía. ¿Cómo cumplió sus viajes? Abrí el diccionario de Kent; en la palabra *pase*, leí: "Complicadas series de movimientos que se hacen con las manos, por las cuales se provocan apariciones y desapariciones". Pensé que las manos tal vez no fueran indispensables; que los movimientos podrían hacerse con otros objetos; por ejemplo, con aviones.

Mi teoría es que el "nuevo esquema de prueba" coincide con algún pase (las dos veces que lo intenta, Morris se desmaya, y cambia de mundo).

Allí supusieron que era un espía venido de un país limítrofe; aquí explican su ausencia, imputándole una fuga al extranjero, con propósitos de vender un arma secreta. Él no entiende nada y se cree víctima de un complot inicuo.

Cuando volví a casa encontré sobre el escritorio una nota de mi sobrina. Me comunicaba que se había fugado con ese traidor arrepentido, el teniente Kramer. Añadía esta crueldad:

"Tengo el consuelo de saber que no sufrirás mucho, ya que nunca te interesaste en mí". La última línea estaba escrita con evidente saña; decía: "Kramer se interesa en mí; soy feliz".

Tuve un gran abatimiento, no atendí a los enfermos y por más de veinte días no salí a la calle. Pensé con alguna envidia en ese yo astral<sup>62</sup>, encerrado, como yo, en su casa, pero atendido por "solicitas manos femeninas". Creo conocer su intimidad; creo conocer esas manos.

Lo visité a Morris. Traté de hablarle de mi sobrina (apenas me contengo de hablar, incesantemente, de mi sobrina). Me preguntó si era una muchacha maternal. Le dije que no. Le oí hablar de la enfermera.

No es la posibilidad de encontrarme con una nueva versión de mí mismo lo que me incitaría a viajar hasta ese otro Buenos Aires. La idea de reproducirme, según la imagen de mi ex libris<sup>63</sup>, o de conocerme, según su lema, no me ilusiona. Me ilusiona, tal vez, la idea de aprovechar una experiencia que el otro Servian, en su dicha, no ha adquirido.

Pero estos son problemas personales. En cambio la situación de Morris me preocupa. Aquí todos lo conocen y han querido ser considerados con él; pero como tiene un modo de negar verdaderamente monótono y su falta de confianza exaspera a los jefes, la degradación, si no la descarga del fusilamiento, es su porvenir.

Si le hubiera pedido el anillo que le dio la enfermera, me lo habría negado. Refractario<sup>64</sup> a las ideas generales, jamás hubiera entendido el derecho de la humanidad sobre ese testimonio de la existencia de otros mundos. Debo reconocer además, que Morris tenía un insensato apego por ese anillo. Tal vez mi acción repugne a los sentimientos del *gentleman*<sup>65</sup> (alias, infalible, del  *cambrioleur*<sup>66</sup>); la conciencia del humanista la aprueba.

<sup>62</sup> El *yo astral* se corresponde con el desdoblamiento del personaje, en este texto.

<sup>63</sup> Recordemos que el lema del ex libris era Conócete a ti mismo.

<sup>64</sup> *Refractario* significa contrario a cambiar de opinión.

<sup>65</sup> *Gentleman* es una palabra inglesa que significa caballero.

<sup>66</sup> *Cambrioleur* es una palabra francesa que significa ladrón.

Finalmente, me es grato señalar un resultado inesperado: desde la pérdida del anillo, Morris está más dispuesto a escuchar mis planes de evasión.

Nosotros, los armenios, estamos unidos. Dentro de la sociedad formamos un núcleo indestructible. Tengo buenas amistades en el ejército. Morris podrá intentar una reproducción de su accidente. Yo me atreveré a acompañarlo.

C . A . S .

El relato de Carlos Alberto Servian me pareció inverosímil. No ignoro la antigua leyenda del carro de Morgan; el pasajero dice dónde quiere ir, y el carro lo lleva, pero es una leyenda. Admitamos que, por casualidad, el capitán Ireneo Morris haya caído en otro mundo; que vuelva a caer en éste sería un exceso de casualidad.

Desde el principio tuve esa opinión. Los hechos la confirmaron.

Un grupo de amigos proyectamos y postergamos, año tras año, un viaje a la frontera del Uruguay con el Brasil. Este año no pudimos evitarlo, y partimos.

El 3 de abril almorzábamos en un almacén en medio del campo; después visitaríamos una *fazenda*<sup>67</sup> interesantísima. Seguido de una polvareda, llegó un interminable Packard<sup>68</sup>; una especie de *jockey*<sup>69</sup> bajó. Era el capitán Morris.

Pagó el almuerzo de sus compatriotas y bebió con ellos.

Supe después que era secretario, o sirviente, de un contrabandista. No acompañé a mis amigos a visitar la *fazenda*. Morris me contó sus aventuras: tirroteos con la policía; estratagemas para tentar a la justicia y perder a los rivales; cruce de ríos prendido a la cola de los caballos; borracheras y mujeres... Sin duda exageró su astucia y su valor. No podré exagerar su

<sup>67</sup> *Fazenda* es una palabra portuguesa que significa 'estancia', 'hacienda'.

<sup>68</sup> El *Packard* es una marca de automóviles antiguos de origen estadounidense.

<sup>69</sup> El *jockey* es el profesional que monta los caballos de carreras.

monotonía. De pronto, como en un vahído, creí entrever un descubrimiento. Empecé a investigar; investigué con Morris; investigué con otros cuando Morris se fue.

Recogí pruebas de que Morris llegó a mediados de junio del año pasado, y de que muchas veces fue visto en la región, entre principios de septiembre y fines de diciembre. El 8 de septiembre intervino en unas carreras cuadreras<sup>70</sup>, en Yaguarao<sup>71</sup>; después pasó varios días en cama, a consecuencia de una caída del caballo.

Sin embargo, en esos días de septiembre, el capitán Morris estaba internado y detenido en el Hospital Militar de Buenos Aires: las autoridades militares, compañeros de armas, sus amigos de infancia, el doctor Servian y el ahora capitán Kramer, el general Huet, viejo amigo de su casa, lo atestiguan.

La explicación es evidente:

En varios mundos casi iguales, varios capitanes Morris salieron un día (aquí el 23 de junio) a probar aeroplanos. Nuestro Morris se fugó al Uruguay o al Brasil. Otro que salió de otro Buenos Aires, hizo unos "pases" con su aeroplano y se encontró en el Buenos Aires de otro mundo (donde no existía Gales y donde existía Cartago; donde espera Idibal). Ese Ireneo Morris subió después en el Dewotine, volvió a hacer los "pases", y cayó en este Buenos Aires. Como era idéntico al otro Morris, hasta sus compañeros lo confundieron. Pero no era el mismo. El nuestro (el que está en el Brasil) remontó vuelo el 23 de junio con el Breguet 304; el otro sabía perfectamente que había probado el Breguet 309. Después, con el doctor Servian de acompañante, intenta los pases de nuevo, y desaparece. Quizá lleguen a otro mundo; es menos probable que encuentren a la sobrina de Servian y a la cartaginesa.

Alegar a Blanqui, para encarecer la teoría de la pluralidad de los mundos, fue, tal vez, un mérito de Servian; yo, más limitado, hubiera propuesto la autoridad de un clásico; por ejemplo: "según Demócrito<sup>72</sup>, hay una infinidad de mundos, entre los cuales algunos son, no tan sólo parecidos, sino perfectamente iguales" (Cicerón<sup>73</sup>, Primeras Académicas, II, XVII); o: "Henos aquí, en Bauli, cerca de Pozzuoli<sup>74</sup>, ¿piensas tú que ahora, en un número infinito de lugares exactamente iguales, habrá reuniones de personas con nuestros mismos nombres, revestidas de los mismos honores, que hayan pasado por las mismas circunstancias, y en ingenio, en edad, en aspecto, idénticas a nosotros, discutiendo este mismo tema?" (id. id., II, XL). Finalmente, para lectores acostumbrados a la antigua noción de mundos planetarios y esféricos, los viajes entre Buenos Aires de distintos mundos parecerán increíbles. Se preguntarán por qué los viajeros llegan siempre a Buenos Aires y no a otras regiones, a los mares o a los desiertos. La única respuesta que puedo ofrecer a una cuestión tan ajena a mi incumbencia, es que tal vez estos mundos sean como haces de espacios y de tiempos paralelos.



<sup>72</sup> Demócrito (460-370 a.C.) fue un filósofo griego para el cual la naturaleza está compuesta de átomos cuyos movimientos se rigen de forma mecanicista.

<sup>73</sup> Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.) fue un político y orador latino. Sus discursos sirvieron como modelo a toda la retórica latina. Escribió tratados sobre elocuencia, filosofía y política.

<sup>74</sup> Pozzuoli es un puerto italiano junto al golfo de Nápoles.

<sup>70</sup> Las cuadreras son carreras de a caballo de dos participantes.

<sup>71</sup> Yaguarao es una ciudad ubicada en el sur del territorio brasilero.